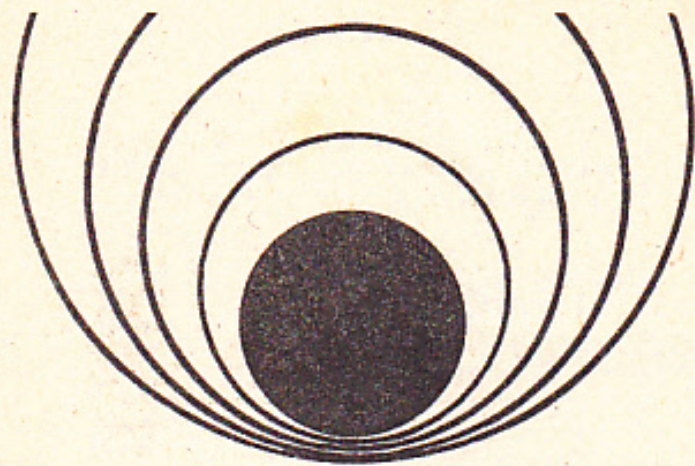




MELODIA PARA EL TERROR

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

MELODIA PARA EL TERROR

Colección PUNTO ROJO n.º 942
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.549 — Cráneo de acero.

En Colección PUNTO ROJO:

939 — Máscaras en la noche.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 8.277 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Antonio Bernal - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

Paul Larkin y su amiguita echaron una angustiosa mirada hacia atrás.

—¿Ves algo, Moira?

La voz de él había sonado ronca, insegura. Conducir con aquella noche de perros, a través de la cortina de lluvia, mirar por el retrovisor frecuentemente, y hacer preguntas con tono alarmado y tenso, eran demasiadas ocupaciones para un hombre. Sobre todo, para un hombre joven y asustado.

—No —respondió ella, para su tranquilidad, tras contemplar dificultosamente la carretera a través de la ventanilla posterior—. No nos sigue nadie. Ve con calma, Paul. Con este aguacero podríamos matarnos fácilmente.

—Preferiría eso a morir de otro modo —jadeó él, mientras sus ojos se clavaban en la zona alumbrada por sus faros, allá en la cinta de asfalto, borrosa en ocasiones a causa del torrente de agua, que hacía casi inservible el frenético agitar de las varillas limpiadoras del parabrisas.

—Importa poco cómo se muera, Paul. Lo que no quiero es precisamente eso: morir.

—No, Moira. Tú no puedes morir. No aún. Eres joven, hermosa... Tienes una vida por delante...

—Tú no eres viejo —ella trató de reír, y lo consiguió, aunque fue una risita nerviosa y algo histérica la que brotó de sus labios gordezuelos—. ¿Es que ya deseas terminar de una vez en esta vida?

—No sé qué pensar. Me aterran otras cosas más aún que la misma muerte, Moira... —musitó el conductor del automóvil, sin desviar sus ojos del peligroso camino que seguían en la tempestuosa noche.

—Eso es una tontería, Paul —se quejó la joven, alisándose la falda sobre sus piernas gruesas de rollizos muslos—. La muerte es el final de todo. ¿Qué puede haber peor?

—El miedo, la angustia, la tortura mental... y otras cosas que le hacen desear a uno el silencio eterno.

—No sé cuáles. De todo se puede uno salvar, intentar evadirse. De la muerte, no.

—Es lo que tú crees. ¿Imaginas que estamos huyendo del riesgo de morir?

—Es lo que imaginé desde un principio —Moira le contempló con preocupación en sus azules ojos, como si empezase a dudar del equilibrio mental de su amante—. ¿No es así, Paul?

—No, querida. No es así. Huimos del terror.

—¿El terror? —repitió la joven, desorientada. Enarcó sus cejas, tan doradas como sus cortos cabellos. Meneó la cabeza—. No entiendo. El terror es algo abstracto, Paul. No tiene cuerpo. No ataca. El terror puede estar en ti, en mí, en otros..., pero no es nada concreto que pueda caer sobre nosotros y hacernos daño.

—No lo entiendes —musitó Larkin con su voz quebrada, insegura y reveladora del miedo interior que sentía—. Tú no puedes entenderlo, cariño. Si te lo contase... tal vez tampoco llegaras a darte cuenta de lo que sucede, de qué significa realmente ese terror viviente que estoy intentando dejar atrás... para que ni a ti ni a mí nos alcance nunca.

—Paul, ¿por qué temes tanto por mí? —se interesó ella, con una sombra de preocupación en sus bonitas pupilas celestes—. ¿Por qué habría de querer nadie hacerme daño, si nada sé de tus asuntos ni de tus problemas, que te impulsan a viajar lejos de esa ciudad donde tú y yo nos hemos conocido accidentalmente?

—Sería demasiado largo de contar, Moira. Debí darme cuenta antes y no acercarme a ti. No merecías que te trajese problemas tan terribles, que te obligase a dejar tu trabajo en la ciudad y venir conmigo de esta manera...

—Oh, por eso no te preocupes —rió ella—. El trabajo no hubiese durado mucho más de una semana. Esta clase de cosas son así, y así hay que aceptarlas, Paul. La verdad es que me sentí muy feliz cuando te acercaste a mí y me propusiste irnos de aquel tugurio, a cualquier parte...

—Iba huyendo, buscaba alguien que me acompañase, para desorientar a mis perseguidores. Moira. Fui egoísta —se lamentó él—. Pensaba dejarte luego, tras darte unos dólares por las molestias, pero tú... tú me atrajiste... y al ver que yo no te era indiferente... cometí mi segundo error: ir contigo a ese hotel...

—Vaya, muchas gracias —suspiró ella con aire ofendido—. ¿De modo que eso fue un error por tu parte?

—No, no lo entiendes. El error fue continuar con esto... y darnos cuenta de que ya no podíamos separarnos. De que teníamos que seguir juntos tú y yo... Te dije que estaba en apuros. Y no te importó.

—Claro que no. Tú te has portado muy bien conmigo. No todos los hombres son como tú, Paul. Por eso te pregunté que no me importaba lo que fuese. Te pregunté si era cosa de la policía. Me dijiste que no. Luego te sugerí si andabas metido en jaleos con maleantes o mafiosos, o cosas por el estilo. También lo negaste. No sé de qué huyes, pero te dije que no me importaría hacerlo contigo. Y sigo pensando igual.

—Estos tres días contigo han sido maravillosos, Moira. Lástima...

—Lástima, ¿de qué? Dijiste que en aquella aislada cabaña que alquilaste en la montaña, estaríamos tranquilos y seguros por un tiempo. De repente, yo pongo la radio en funcionamiento, tú lanzas un grito, me rompes el transistor que acababa de comprar en la anterior ciudad donde trabajé... y te lanzas a huir como un loco. Paul, ¿crees de verdad que tu comportamiento es sensato?

Larkin tragó saliva y negó con la cabeza rotundamente. Sus ojos brillaban.

—No, no puede parecérselo a nadie que ignore la verdad. Pero no puedo obrar de otro modo, créeme.

—Paul, ya que estoy compartiendo tus problemas, ¿por qué no me cuentas, al menos, en qué consisten, de qué se trata exactamente?

—No, no debes saber nada. No sería justo. Es una responsabilidad espantosa, créeme.

—¿Puede empeorar todo esto si yo sé, al menos, lo que está ocurriendo, y de qué estoy huyendo en estos momentos?

—Puede empeorar mucho más. Increíblemente más, Moira. Por el momento, yo soy el único sentenciado. Si ellos supieran que tú conoces la verdad... tu vida no valdría nada. Ni un dólar, cariño.

—Está bien, como tú digas —suspiró ella—. Pero ¿quiénes son ellos?

Larkin se estremeció. Es como si le hubieran nombrado al mismo diablo o algo peor. Con la mirada fija en la cortina de agua que hacía casi invisible el asfalto sobre el que se deslizaban por aquella región montañosa, sin cruzarse siquiera con vehículo alguno, respondió sordamente:

—No, eso no. Forma parte del secreto que no debo revelarte. Tengo una idea, Moira. Y creo que será la más sensata.

—¿Cuál es?

—Cuando lleguemos a la próxima población, seguiré camino. Pero yo solo. Tú te quedarás alojada en algún hotel.

—Paul, sabes que no haré eso. No voy a abandonarte ahora, después de como tú te has portado conmigo. Mi diste aquel dinero para girarlo a mi familia en apuros, me sacaste de un trabajo que me asquea, indemnizaste a aquella rata de empresario, y me has tratado con ternura y afecto. Todo eso, rara vez lo hace alguien por una vulgar *go-go girl* como yo, que se emplea en los lugares menos respetables y decentes. Además, me has abierto una cuenta bancaria con dos mil dólares, una suma que yo nunca tuve completó en mis manos. Haré por ti lo que sea, Paul.

—Gracias, Moira —le apretó cariñosamente una rodilla, sin dejar de sostener el volante con la otra mano, forzó una sonrisa, y añadió—: Por eso ahora te pido que hagas esto por mí. Te quedarás en la próxima población, cogerás una habitación en un hotel vulgar y poco céntrico, y esperarás exactamente veinticuatro horas, para dirigirte a un sitio donde puedas tomar un avión y volar hasta Nueva York.

—¡Nueva York! —murmuró ella, asombrada—. Eso está muy lejos...

—Pues es, exactamente, lo que quiero que hagas, ¿está eso bien claro? En Nueva York, dirígete al lugar cuya dirección te entregaré ahora, junto con el dinero suficiente para todos esos gastos, y allí nos encontraremos tú y yo, si todo ha ido bien.

—¿Y si... ha ido mal? —quiso saber Moira.

—Naturalmente, nunca nos encontraríamos ya —sonrió forzadamente otra vez, sacudiendo la cabeza—. Pero allí hallarías, cuando menos, a una persona que te podría ayudar en todo. Bastará que le cuentes lo sucedido, le des mi nombre, y le añadas algo que deseo grabes bien en tu mente, de modo que no olvides una sola palabra.

—Hablas como si, realmente, estuvieras seguro de que no vamos a encontrarnos en Nueva York, Paul —se alarmó ella.

—Hablo en previsión de que ocurra lo peor, simplemente. La frase que has de decirle es la siguiente: «Paul tiene el 1.007 en Helena, y el 305 en Great Falls.» Repite la frase. Sobre todo, recuerda los números. Es importantísimo.

—«Paul tiene el 1.007 en Helena y el 305 en Great Falls» —recitó ella lentamente.

—Perfecto —aprobo Larkin—. Eso será suficiente, si no lo olvidas. Guarda la tarjeta, el dinero, y esas palabras en tu memoria. Es todo lo que te pido.

—Paul, ¿estás intentando solamente dejarme a un lado de tus problemas?

—No, Moira. Estoy tratando de que, si ocurre lo peor, haya alguien que pueda llegar a saber lo que está ocurriendo, e intente combatirlo de algún modo. Sólo eso. Tú serás mi mensajero, en ese caso.

—Como quieras. Pero esas personas a quienes tú te refieres, podrían ver que yo bajo de tu coche, y me quedo en la próxima población, con lo que nada arreglarías, porque si les interesara deshacerse de mí, les sería muy fácil conseguirlo.

—No podrán saberlo. Eso, no. Escucha lo que vamos a hacer. Cuando crucemos esa población, una vez comprobado que nadie nos sigue ni vigila, reduciré ligeramente por unos instantes, en un

punto adecuado, y lo bastante oscuro, la marcha del coche. Tú saldrás de él con rapidez, ocultándote. Y darás un nombre falso en el hotel donde te alojes, así como en el billete que adquieras para el avión hasta Nueva York. ¿Está eso claro?

—Sí, Paul. ¿Y tú? ¿Qué harás, entretanto?

—Mi idea es cambiar de coche en cuanto sea posible. Hay un lugar donde se alquilan avionetas, y cuyo dueño me conoce bien. Es cerca de Billings. Si consigo llegar allí, tal vez escape hasta Nueva York...

Tras poner en manos de ella una tarjeta de visita y un fajo impresionante de billetes de veinte dólares, apretó los dedos de aquella mano femenina con calor y energía, le dirigió una mirada tierna y entrañable, que tenía mucho de patética, y susurró, escudriñando luego la carretera a través de la tremenda catarata de agua que caía del nublado cielo:

—Ya llegamos a la población. Mira su nombre en ese indicador: es Livingston. ¿Nos sigue algún coche?

Ella miró hacia atrás. Se estremeció. Dos faros brillaban tras la lluvia, con un halo lechoso, fulgurante.

—Hay un coche detrás —dijo—. Pero no sé si nos sigue...

Las manos de Paul Larkin se pusieron rígidas en la rueda del volante. Instintivamente, aceleró la marcha, pese a los peligros de tal maniobra.

—Dios... —jadeó—. Espero que no sean ellos todavía...

—No aceleres —le avisó ella con voz tensa—. Reduce la marcha. Es el mejor modo de saberlo.

—Sí, supongo que sí... —le vio buscar en la guantera y extraer un revólver chato, de cañón corto, pavonado. El coche redujo su marcha. Atrás, los faros se acercaron, bañando en luz la ventanilla trasera.

Unos momentos de angustiosa tensión siguieron dentro del coche de Larkin, mientras la luz blanca invadía todo su interior brillantemente. La mano de Paul apretaba el revólver con fuerza. Su dedo se crispó en el gatillo...

Luego, un rugido de motor casi les ensordeció. Un automóvil deportivo, color aluminio, pasó vertiginoso por su lado, perdiéndose raudo en el camino. Larkin contempló con un suspiro de alivio sus luces rojas traseras, perdiéndose en la distancia, más allá de la cortina de agua.

—Uf... —jadeó con voz ronca—. Ya pasó...

—Estaba segura de ello —dijo Moira con profundo alivio—. No tenía por qué suceder lo peor, Paul. Hay que ser optimista...

—¿Optimista? —repitió él con voz apagada. Meneó la cabeza negativamente—. Con lo que nos amenaza, nadie puede sentirse

realmente optimista, créeme, querida. No cometas nunca ese error. Ellos están cerca. Ellos no perdonan. Ellos son la locura... y después la muerte.

Y tras esas enigmáticas palabras, Paul Larkin aceleró, avanzando con rapidez hacia las luces de Livingston, la cercana ciudad.

CAPITULO II

Paul Larkin sentía algo más de alivio. Pero no demasiado.

Al menos, había intentado sacar de en medio a la chica. Ella no tenía por qué verse embarcada en aquel asunto del diablo, que sólo podía traerle dificultades... e incluso la muerte.

—Nunca debí ir con esa chica a la cabaña de las montañas —refunfuñó, hablando consigo mismo, mientras seguía conduciendo, con dificultades, a través de la lluvia torrencial de aquella inclemente noche—. Fue una locura complicarla a ella, sabiendo lo que podía suceder en cualquier momento. Pero imaginé que las cosas no eran tan graves, que no podían ser como dijo Buggy Lennox.

Y ahora, Buggy Lennox estaba fuera de combate. Muerto, sin duda. Todo el que se oponía al terror, terminaba por morir. Era algo inevitable. Buggy le había puesto sobre el rastro. El no había acabado de creer la fantástica historia.

Cuando Llegó a Sheridan, creyó que todo era una exageración, una simple jugarreta imaginativa de Lennox. Ahora sabía, por desgracia, que no era así. Pero quizá era ya demasiado tarde. Buggy se lo había advertido. Nada de confianzas. Nada de dejar que las cosas llegaran demasiado lejos.

Y él, estúpido de él... las había dejado llegar. Justo hasta este momento. Hasta este instante en que ya su vida no valía nada. Y, lo que era peor, en un trance en el que no le parecía posible ponerse en contacto con nadie, impedir que el terrible secreto muriese con él, en cualquier lugar de Montana, lejos de donde le esperaban personas que pudieran hacer de su información un uso valioso y trascendente.

Miró atrás. Había luces de faros nuevamente en la carretera, alumbrando su ventanilla trasera. Podía ser cualquiera. O podían ser ellos. ¿Por qué no? Temía que en cualquier momento apareciesen, de modo inexorable.

Sólo esperaba que ella, cuando menos, quedase al margen de todo esto. Que nadie la relacionara con él y no la localizasen en algún hotel de Livingston, bajo falso nombre. Que pudiese salir con vida del trance... y llegar hasta Nueva York. Hasta la persona cuyo nombre figuraba en la tarjeta de visita. Eso era fundamental. No sólo para la muchacha y su seguridad personal, sino también para muchas otras cosas en el futuro, aunque entre éstas no se contara su propia vida, si todo sucedía del peor modo imaginable.

Aceleró cuanto le fue posible. Volvió a mirar por el retrovisor. Esta vez, sintió un leve escalofrío. Los faros continuaban allí. Fijos, inmutables. Siempre tras de él.

Tuvo una repentina idea. Vio allá, en la distancia, las luces de un motel, parpadeando a través de la lluvia que caía como una ruidosa

cortina desde el negro cielo. Sentía cansancio, sed y hambre, pero no sueño. No pensaba en dormir ni remotamente, pero sí deseaba beber y comer algo lo antes posible. Sin embargo, eso significaba detenerse, perder un tiempo precioso... Aquel motel era tentador. Y al mismo tiempo, podía representar un terrible riesgo.

En vez de acelerar más, redujo bruscamente la velocidad. Pisó el freno paulatinamente, a la vez que sujetaba con firmeza el volante. Y esperó, en tensión, mientras iba soltando una mano de la rueda del volante, para buscar la fría culata de su revólver.

Al tiempo que reducía la marcha, se situó a la derecha de la ruta, dejando paso libre. Rugió un motor a su lado. Un coche plateado, deportivo, zumbó poderoso, rebasándole y perdiéndose en la distancia, engullido por las sombras de la noche.

Larkin respiró con alivio una vez más. Sus temores se habían diluido, al menos momentáneamente. No le seguían. Aún no.

Se aproximó al motel a marcha reducida. Se introdujo hacia la derecha, en un sendero de asfalto levemente empinado, que subía entre *bungalows* con luces encendidas sobre sus puertas. En el edificio central del establecimiento, había luces brillando también en el *snack-bar* y en el porche. Una camarera de uniforme azul y blanco y un hombre de aire cansino, trabajaban en el local, recogiendo los servicios de mesas y mostrador. Los únicos clientes que aún permanecían en el *snack*, era una pareja relativamente joven, muy amartelada en una mesa arrinconada.

Larkin detuvo su coche en el aparcamiento, tras mirar a su alrededor y no ver detalle alguno que significara un motivo de recelo o de inquietud. Tras cerrar el motor y las portezuelas y guardar las llaves en su bolsillo, se encaminó al *snack* resueltamente. Empujó la puerta vidriera, sacudiéndose al entrar. El breve recorrido entre el coche y la entrada, bastó para dejarle empapado. La lluvia no cesaba ni tenía trazas de hacerlo en las siguientes horas.

—Buenas noches —saludó.

—Buenas —respondió de mala gana la camarera, mirándole desde el mostrador—. Lo lamento, señor. Hemos cerrado ya.

—Por favor, sólo quería una taza de café y un emparedado —murmuró Larkin, mirando de soslayo a través de las vidrieras del local, al oscuro exterior—. No he probado bocado ni bebida caliente desde esta mañana.

—Pero está cerrado —insistió la camarera, imperturbable, empezando a soltar el lazo de su delantal con un encogimiento de hombros—. ¿No es verdad, Moss?

—Claro —asintió el hombre que recogía bandejas de servicios—. Está cerrado, señor.

—Les ruego que me atiendan. Estaré sólo un momento — depositó un billete de diez dólares en el mostrador, alisándolo con un cenicero y dejándolo bajo el mismo—. Puede cobrarse de ahí y guardar lo que sobre, señorita.

—Bueno, visto así... —la camarera miró el billete—. Sólo café y un emparedado de jamón y queso. No hay otra cosa a mano.

—Eso estará bien, gracias —volvió a mirar afuera—. ¿Cree que habrá sitio para dormir esta noche en el motel?

—No sé. Moss es el encargado —señaló al hombre—. Pregúntele a él.

Larkin resopló. La camarera se metió el billete de diez dólares entre sus prominentes senos, antes de dirigirse a la cocina. No eran muy amables allí, pensó, dirigiéndose al tal Moss, que ahora había tomado una escoba, empezando a barrer un lado del local.

—¿Hay habitaciones para dormir un hombre solo? —se interesó.

El tal Moss le dirigió una fría mirada. Luego, se encogió de hombros y meneó la cabeza ambiguamente.

—Puede —dijo. Le miró con expresión helada—. Pero casi siempre vienen parejas, ¿usted entiende?

—Claro. Sólo que yo no tengo pareja, amigo. Viajo solo.

—Ya. ¿No le importa si oye ciertos ruidos a través de la pared? —y le guiñó un ojo—. Usted ya sabe cómo son estas cosas...

—No se preocupe. Dormiré como un leño, aunque haya una orgía a mi lado, amigo —y otro billete, esta vez de veinte dólares, hizo abrir los ojos al tal Moss, que se apresuró a recoger con rápidos dedos el billete—. ¿De acuerdo en todo?

—De acuerdo, señor. Luego le daré su llave y usted firmará en el registro. ¿Le doy la vuelta del billete ahora? La noche en el motel son doce dólares...

—No, está bien. Guárdelo.

—Es muy amable, señor. Gracias por todo.

Se alejó, siguiendo su tarea de barrer el establecimiento con lentitud irritante. La camarera regresó con un emparedado, un café y un trozo de tarta. Puso todo ante él.

—Le encontré ese trozo de tarta —le dijo, mostrándose por vez primera con una cierta cordialidad. Incluso le sonrió, al inclinarse, moviendo sus senos de forma que se advirtiera que no usaba sujetador bajo su uniforme—. ¿Está bien, señor?

—Muy bien, gracias —Larkin la miró, preguntándose si ella no sería la alternativa local para quien, como él, llegaba sin pareja femenina al motel. Pero lo último que hubiera pensado ahora, es en una conquista fácil para no acostarse solo—. Es usted una buena chica.

Atacó los alimentos y el café caliente con fruición. La camarera, aparentemente defraudada al comprender que no obtendría más dinero del cliente, se retiró hacia la cocina, terminando de soltar su delantal mientras cimbreaaba su figura con sacudidas insinuantes de sus recias nalgas.

Larkin comió con rapidez y apuró su café, disponiéndose a salir del *snack* para dirigirse al *bungalow* que le destinara Moss. El hombre se había ausentado ya del local, la camarera acababa de apagar las luces de la cocina, y la pareja joven del rincón, ya en pie, se disponía sin duda, con las manos muy apretadas, a continuar su amartelamiento en el *bungalow*; lejos de ojos indiscretos.

La camarera regresó, ya sin cofia ni delantal, y conectó un aparato de radio qué aparecía sobre un estante, entre botellas, mientras retocaba su maquillaje ante un espejo. El receptor emitió músicaailable.

—Buenas noches, señorita —se despidió Larkin, dejando su bandeja de servicio en el mostrador—. ¿A qué hora sirven desayunos?

—Abrimos a las siete —comentó ella, retocándose el *rouge* labial sin mirarle—, Pero hay otra compañera aquí a esa hora. ¿Seguro que no necesita nada más?

Y esta vez sí le miró a través del espejo, insinuante.

—De verdad que no —suspiró Larkin—. En otra ocasión, tal vez le diría que sí. Pero estoy cansado y preocupado por muchas cosas, créame. Sólo deseo descansar, dormir un poco...

Ella no dijo nada. Siguió arreglándose, de espaldas a él. La radio seguía emitiendo su músicaailable. La pareja de clientes alcanzó la puerta de salida. Larkin les seguía a alguna distancia, siempre mirando al exterior, donde no se veían otros coches que los cuatro o cinco aparcados junto al suyo propio, tras el seto de la entrada al establecimiento de carretera. Confiaba en que la lluvia, la noche oscura y la situación misma del motel, impidiese a cualquiera advertir la presencia de su vehículo en aquel lugar.

Su idea era dormir unas horas, salir a primera hora de la mañana y llegar a Billings para tomar la avioneta que le condujese a Nueva York, para intentar reunirse allí con Moira Kelly, lejos del terror misterioso de Montana...

Y de repente, sucedió.

Larkin emitió un grito agudo, terrible. Se volvió hacia el mostrador, cubriendo sus oídos con ambas manos, sin dejar de chillar aguda, desesperadamente. La camarera soltó su barra de *rouge*, volviéndose a él aterrorizada. La pareja del rincón, ya con la puerta abierta, saltó atrás, con sorpresa y temor, mirando a

Larkin estupefactos.

La radio había cambiado de melodía, pero nadie se fijó en ello en esos momentos, ante el impacto que supuso el alarido de Larkin y lo que estaba haciendo a continuación en medio de la sala, sin que nadie atinara a entender nada de cuanto allí sucedía.

Paul Larkin caía de rodillas, gimiendo y sollozando, el rostro púrpura, los ojos desorbitados, la expresión demencial, mientras sus manos engarfiadas estrujaban sus orejas, como pretendiendo arrancarlas de cuajo.

—¡No, no, eso no! —imploraba—. ¡Cesad con esa maldita música! ¡Parad esa radio! ¡No puedo, no puedo más...! ¡Nooo!

Y se debatía en el suelo, como forcejeando con un ser invisible que estuviera asfixiándole en presencia de los tres atónitos testigos. La radio, inmutable, seguía allí al fondo, transmitiendo una suave melodía de violines, nada estridente, que ponía una extraña nota placentera en la crispada escena.

Finalmente, con un extraño ronco berrido, hizo algo inconcebible, desesperado, Paul Larkin, sin que nadie pudiera evitarlo, saltó hacia las grandes vidrieras del *snack-bar* del motel, como poseso... ¡y atravesó una de ellas, destrozándola con el impacto brutal de su propio cuerpo, de sus brazos y cabeza, en medio de un estrépito ensordecedor!

Fue a parar al exterior, bajo la lluvia, bañados en sangre el rostro y los cabellos, rodó por el suelo enfangado, y terminó quedando inmóvil en un charco, hundido el rostro en el mismo, mientras los vidrios pulverizados llovían entorno suyo, y un enorme boquete estrellado, de afiladas y punzantes aristas, se abría en el lugar por donde el sorprendente viajero había intentado salir del local, huir de algo que nadie veía ni entendía...

—Dios mío, ese hombre se ha vuelto loco, sin duda... —se quejó la camarera con desaliento, contemplando el destrozo—. Moss se podrá hecho una furia... Por favor, vayan ustedes a avisarle y vean cómo está ese pobre hombre... Yo avisaré a la policía y a la ambulancia para que lleguen cuanto antes...

La pareja asintió, corriendo al exterior. La mujer siguió carrera hacia la conserjería, donde ya asomaba Moss, atraído por el estruendo del vidrio destrozado, mientras el hombre se arrodillaba junto al inmóvil Larkin y la camarera descolgaba el teléfono, con mano temblorosa por los nervios.

Tras llamar al *sheriff* local y al hospital más próximo, la camarera corrió hacia la puerta para reunirse con el hombre que atendía al caído bajo la lluvia.

—¿Cómo.., cómo está? —se interesó con voz temblorosa la muchacha.

—Está... *está muerto*, señorita —fue la sombría respuesta del otro.

Un coche plateado, deportivo, pasó lentamente ante el motel en esos momentos, por la carretera azotada por el aguacero. Nadie prestó atención al mismo. Tampoco a la antena extensible que surgía de su carrocería, y que estaba siendo recogida por el individuo sentado junto al conductor, mientras éste hablaba por radioteléfono con alguien, utilizando palabras breves y secas:

—Todo está bien aquí. Creo que ha muerto. Sí, ya regresamos. No, estaba solo. Seguro que lo estaba. No había ninguna mujer aquí. Sólo una camarera. Está bien, lo averiguaremos. Corto.

Colgó el radioteléfono, que desapareció en el tablier. La antena había sido ya totalmente recogida. El coche plateado, con el que se cruzaba Paul Larkin poco antes de llegar al motel, se alejó en dirección opuesta a la que llevara cuando Larkin lo viera.

Dentro del ahora desierto *snack*, nadie pudo captar el nuevo cambio de música en el receptor de radio, ni las palabras de un sorprendido locutor, que anunciaba a sus oyentes:

—Les rogamos disculpen, señoras y señores, la interferencia de otra emisora que, durante unos minutos, ha transmitido por esta sintonía sin que sepamos cómo ni por qué. Tal vez se trate de alguna emisora pirata o incontrolada, o de un radioaficionado que, ilegalmente, transmite en frecuencia modulada. Subsano el fallo, reanudamos nuestro programa normal, reiterándoles nuestras disculpas.

La misma música que se emitía antes de sonar la melodía de los dulces violines, volvió a brotar por el receptor del *snack-bar*. Pero todo eso, nadie llegó a escucharlo. Había demasiada excitación allá afuera, bajo la lluvia, para que se ocuparan de algo tan nimio como un simple programa de radio.

Acababan de comprobar que, efectivamente, el hombre caído en el charco estaba muerto, aunque no parecía ser las heridas sufridas con los vidrios rotos el motivo de ese fallecimiento, ya que ninguno de los cortes mostraba aspecto de ser grave.

Pero lo cierto es que rodeaban a un cadáver, y la muerte del hombre repentinamente enloquecido sin el menor motivo aparente, les había sobrecogido a todos en aquel solitario y aislado parador de ruta entre Livingston y Billing?, en el estado de Montana.

Moirá Kelly contempló la puerta de la oficina, pensativa. Humedeció sus labios, secos y levemente temblorosos.

El rótulo sobre el vidrio escarchado no le dijo nada en especial:

AGENCIA DE INFORMACION ARTISTICA ACME

No había esperado encontrarse con un negocio semejante. Ella, que trabajaba en el gremio, en su condición de *go-go girl* de salas nocturnas, no se imaginaba a Paul Larkin, su benefactor de Sheridan, mezclado en el *show business* ni mucho menos. Pero no había error posible. Aquella era la dirección impresa en la tarjeta de visita que él le diera en Montana. El lugar donde ella debía de ver a alguien. Y donde, si todo iba bien, el propio Larkin se reuniría con ella en breve plazo.

Miró el nombre impreso en la tarjeta, sobre estas señas concretas de Broadway: Brian Scott. No descubrió su mención en las vidrieras de la Acme, pero pulsó un llamador resueltamente, al comprobar que la puerta estaba cerrada.

Eran ya las seis de la tarde del día siguiente a aquel en que tuviera que separarse de Larkin, alojándose por indicación suya en un hotel de mala muerte de Livingston, bajo el nombre, nada original por cierto, de Jane Smith. El viaje en avión la había dejado en Nueva York, y ahora estaba en el lugar indicado, por raro que el mismo pudiera parecerle.

El horario de oficinas allí indicado, era de ocho a doce y de dos a cinco. Tal vez había llegado demasiado tarde para entrevistarse con nadie en aquella oficina.

Pero alguien apareció en el corredor amplio situado tras la puerta vidriera de la planta octava, de aquel edificio comercial del centro de Manhattan, y respiró con cierto alivio. Un hombre canoso, en mangas de camisa, se acercó a la puerta. La miró a través de la vidriera, ella le hizo señas de que abriese, y el hombre, encogiéndose de hombros, acabó por abrir, aunque sin dejarla entrar.

—Lo lamento, señorita —dijo—. Ya es muy tarde. La oficina se cerró a las cinco. Pero si desea algo relacionado con el mundo del teatro y las variedades, puede venir mañana, y gustosamente será atendida por...

—Desearía ver ahora a alguien —dijo ella con voz apremiante.

—Es que no queda nadie, señorita —sonrió el otro—. Yo sólo me ocupo de dejar las cosas en orden antes de cerrar definitivamente.

—¿No está el señor Brian Scott? —preguntó Moira con desilusión en su voz.

—¿Brian Scott ha dicho? —el hombre enarcó las cejas—. Temo

no entender.

—¿Por qué no? —se inquietó ella.

—Que yo sepa, nadie de ese nombre trabaja aquí, señorita. Debieron informarle mal, o se ha equivocado usted en algo.

—No, no —rechazó Moira decididamente—. Vea esta tarjeta. Es la dirección correcta, ¿no?

Y puso ante los ojos del otro la tarjeta que le diera Larkin. Los ojos del hombre eran grises y duros. Tan grises como su cabello revuelto. Examinaron la cartulina sin pestañear, sin reflejar emoción alguna en su curtido rostro.

—¿Quién le facilitó esa tarjeta, señorita? —preguntó sin inflexión especial en su voz.

—Un hombre llamado Paul Larkin, en Montana —dijo ella, decidida—. Ni siquiera sé si continúa vivo aún. Cuando dejé de verle anoche, estaba muy asustado y preocupado. Dijo que aquí me atenderían debidamente. Y si todo iba bien, aquí se reuniría también conmigo.

—Entiendo —el hombre canoso se frotó el mentón—. Bien, pase, señorita. Veré si puedo ayudarla en algo...

Sorprendida por el brusco cambio en su interlocutor, Moira entró en las oficinas, que le dieron la impresión de una gran modernidad y pulcritud. Ciertamente, no era ningún negocio de mala muerte. Debía ocupar toda la planta octava de aquel rascacielos.

Observó que el hombre cerraba la puerta vidriera con doble vuelta del pestillo automático. Luego, le tendió una mano callosa y fuerte, presentándose:

—Mi nombre es Douglas —dijo—. Jerome Douglas. Me ocupo de la supervisión de los asuntos de este negocio. Me pilló aquí por casualidad. Sígame, por favor.

Le siguió hasta un confortable despacho de muros de madera noble y muebles cromados. Las oficinas eran todas amplias, de brillante luz blanca y, pulcras mesas con máquinas de escribir electrónicas. Observó, por una puerta entreabierta, la existencia de una computadora en una sala de informática. Demasiados medios, pensó, para una simple oficina artística, a menos que trataran sólo con grandes «estrellas» de Hollywood, pensó sorprendida e intrigada.

—Creí que no había aquí ningún Brian Scott —hizo notar ella, al entrar en la suntuosa sala a que la condujera el hambre canoso.

—Yo no he dicho aún que lo hubiera, señorita...

—Kelly. Moira Kelly —dijo ella con rapidez—. Si no existe aquí, ¿por qué me atiende usted de este modo, señor Douglas?

—Síntese, se lo ruego —sonrió él, evasivo—. En seguida será debidamente atendida, señorita Kelly. Lo cierto es que a veces soy un poco desmemoriado con ciertos nombres, eso es todo.

—No me parece usted un desmemoriado, la verdad. Ni me

parece que se equivoque fácilmente.

—Es muy observadora, ¿eh?

—Lo soy —asintió ella—. Soy artista, señor Douglas. Estoy habituada a salir a un escenario, por mísero que sea, y estudiar al público antes de actuar. Casi siempre sé cuál va a ser su reacción, y procuro actuar como ellos desean, según sus gustos.

—Lo dicho: es usted una joven sumamente interesante en varios sentidos —aprobó Douglas—. Un momento, por favor. Vuelvo en seguida.

La joven se había acomodado en una confortable butaca de piel marrón oscura, que acogió blandamente su bonito cuerpo esbelto. Douglas salió del despacho sin añadir palabra, dejándola allí sola. Moira miró en torno, intrigada, preguntándose cuál era el misterio de aquel recinto, y cuál su relación con un hombre como Paul Larkin.

No estuvo sola ni cinco minutos. Unas suaves pisadas sonaron en el corredor. La puerta se abrió de nuevo. Jerome Douglas reapareció. Pero no venía solo. Un hombre alto y atlético, de cabellos castaños, ojos marrón, inquisitivos y profundos, y rostro viril, agraciado y simpático, asomó tras él.

—Señorita Kelly, aquí está Brian Scott en persona —presentó Douglas suavemente.

CAPITULO III

Brian Scott era un hombre notable, sin duda alguna.

Moira se sintió impresionada en su presencia, pese a que en apariencia, nada notorio o especial había en él que le diferenciase de los demás hombres de su edad y apostura, salvo en el detalle de que resultara tan intensamente atractivo para cualquier mujer.

Posiblemente la causa de esa notabilidad que instintivamente captara Moira Kelly, se hallaba en sus ojos profundos, vivos, penetrantes, que parecían capaces de taladrar un cerebro, hurgando en sus más recónditas profundidades para conocer lo que pensaba la persona que tenía ante sí.

Sin embargo, su fácil y agradable sonrisa, sus modales mundanos, sencillos y cordiales, diluían bastante esa previa impresión, impidiendo pensar que el llamado Brian Scott fuese un hombre inquisitivo y molesto.

—Es un placer conocerla, señorita Kelly —manifestó, tendiéndole su mano espontáneamente.

—También yo celebro verle, señor Scott —suspiró ella, para inmediatamente mirar de soslayo al otro hombre y añadir—: Aunque el señor Douglas me dijo que aquí no había ningún Scott...

—Lamento haberme portado así, señorita Kelly —manifestó con sentido tono el otro, moviendo la cabeza—. Pero le aseguro que, de todos modos, el señor Scott no acostumbra a recibir a nadie en este lugar, y que su caso es una auténtica excepción.

—Señorita Kelly, mi amigo tiene razón —sonrió el alto y atractivo joven, sentándose ante ella—. Mi trabajo en estas oficinas es algo... especial. Por ello habitualmente, se niega a los visitantes que yo me encuentre aquí o pueda recibirles.

—¿Por qué, entonces, me recibe ahora a mí, fuera de horas, tras la negativa del señor Douglas, si no me conocen de nada? —preguntó con cáustica rapidez ella.

—Una astuta pregunta —rió suavemente Scott—. La verdad, señorita Kelly. Su tarjeta es la que le abrió esta puerta.

—¿La tarjeta de visita?

—En efecto.

—Pude haberla robado.

—Pero no lo hizo.

—No. No lo hice.

—Se la dio a usted un hombre llamado Paul Larkin.

—En efecto. ¿Cómo lo sabe?

—Es largo de explicar —se encogió de hombros Scott—. Larkin es

un buen amigo.

—Insisto en que pude habérsela quitado a él. La última vez que nos vimos, estaba en apuros. Parecía sentirse perseguido, acosado. Tenía enemigos. Y enemigos peligrosos, por lo que pude advertir. Yo podría ser uno de esos enemigos, señor Scott.

—Me dejo guiar por mi instinto en casos así. Y también el señor Douglas. Dígame, ¿por qué ha venido? ¿Qué le ocurría, exactamente, a Paul Larkin? Quisiera conocer la historia completa.

—Y yo, señor Scott, quisiera estar totalmente *segura* de que usted es realmente Brian Scott.

—Muy inteligente precaución —aprobó él, mirándola con simpatía. Buscó en su chaqueta y extrajo algo que puso ante los ojos de ella—. ¿Complacida, señorita Kelly?

Ella, asombrada, vio el documento que le mostraba. Allí aparecía la fotografía del joven, en una tarjeta plástica con el nombre de Brian Scott impreso en ella. Pero el distintivo de la tarjeta era el escudo de los Estados Unidos, y debajo una frase significativa, que nada parecía tener que ver con una simple agencia de asuntos artísticos:

Servicios Especiales de Inteligencia del Gobierno de los Estados Unidos.

—Como ve, señorita Kelly, soy un agente secreto del Gobierno —suspiró Scott—. ¿Es que no se lo dijo Larkin, antes de enviarla aquí?

* * *

La historia había terminado.

Brian Scott la escuchó en silencio, ceñudo y preocupado. Jerome Douglas, entretanto, paseaba por el fondo de la estancia, como si la contemplación de una serie de litografías colgadas de las maderas de la pared, atrajesen por completo su atención. Pero era obvio que sus oídos y sentidos estaban fijos en las palabras de su joven y bella visitante, la *go-go girl* del club nocturno de Sheridan, Nevada.

—Es todo, señor Scott —musitó ella al llegar a su final—. Paul me dijo que aquí nos reuniríamos si todo iba bien. Y aún no ha llegado...

—En efecto. Aún no ha llegado —asintió Brian pensativo—. El siempre cumple lo que promete, en especial si puede hacerlo. Muchas veces lo hizo aun sin posibilidades. Tiene llave de esta

oficina. No necesitaba llamar para entrar.

—¿También él es...?

—¿Agente secreto? —lentamente, Scott asintió con la cabeza—. Trabaja para nosotros, sin ser exactamente un agente especial. Por eso le dio esa tarjeta mía. Puesta ante un proyector especial, la tarjeta muestra unos caracteres invisibles a simple vista, que revelan si es legítima o no. De ese modo, sabemos quién la trae y quién puede enviarla. Al dársela, él hincó la uña en cierto punto de la tarjeta; haciendo una muesca que significa que usted es una muchacha de confianza. Ahora verá que no todo depende de mi instinto, sino que previamente fiamos más en los detalles fríamente previstos —terminó con una sonrisa preocupada.

—Ya veo —miró en derredor la joven—. Y todo este negocio, esta oficina...

—Una simple apariencia. Realmente, aquí se llevan asuntos artísticos, pero eso es sólo la fachada de una oficina especial de Inteligencia que trabaja para el Gobierno en asuntos de seguridad nacional, señorita Kelly.

—Y yo me he visto mezclada en algo así..., sólo porque un hombre generoso y amable me sacó del tugurio donde trabajaba, en Sheridan, tras intervenir en una pelea, y me condujo con él a un sitio tranquilo, para pasar unos días juntos.

—Paul Larkin no estaba trabajando en estos momentos en nada oficial, que nosotros sepamos —terció Jerome Douglas con tono grave, acercándose a la muchacha—. Pero lo que sí es cierto, es que si él estaba en ese estado de excitación, temía ser perseguido y la dejó a usted en Livingston, siguiendo el viaje en solitario, es que algo grave sucedía.

—La apariencia era de ello —admitió Moira—. Mencionaba tantas veces la palabra «horror», la palabra «ellos»... Y lo decía con auténtico miedo.

—Larkin nunca tuvo miedo a nada —manifestó sombríamente Brian Scott frotándose el mentón—. Tiene que ser algo muy especial lo que le alarmara y asustara así.

—Y ni siquiera le dijo lo que ello pudiera ser —resopló Douglas con disgusto.

—Pero me dio una frase para ustedes, si él no llegaba a aparecer por aquí.

—¿Una frase? —Scott la miró vivamente—. ¿Qué clase de frase?

—Me hizo memorizarla. No es nada difícil de repetir.

—Hágalo, se lo ruego. Tiene que ser importante. Quizá nos ayude a sacar a Paul de un aprieto, señorita Kelly.

—La frase era esta, exactamente: «Paul tiene el 1007 en Helena y el 305 en Grent Falls.»

Scott y Douglas se miraron vivamente. El primero tomó un papel de encima de la mesa despacho y escribió con rapidez la frase. La releyó en silencio.

—¿No añadió nada más? —preguntó—. ¿Está segura de que es todo lo que dijo?

—Absolutamente todo —asintió ella.

—Bien... —Scott se irguió, pensativo—. Paul Larkin -ha nacido en Montana. Pero lleva años sin residir allí. Ahora pasaba unas vacaciones en su Estado natal. Y, de repente, ocurre esto. Algo está pasando en Montana, y es algo que no debe resultar fácil ni agradable, para preocuparle tanto a él. Por otro lado, su mensaje parece incoherente, pero no puede serlo viniendo de una persona como él.

—¿Has sacado alguna conclusión, Brian? —se interesó Douglas.

—Solamente una. Paul ha residido habitualmente en Helena o en Great Falls cuando visitó Montana en otras ocasiones. Recuerdo habérselo oído decir. Tal vez posee en ambas ciudades un Apartado postal o algo parecido. También es posible que se trate de cajas fuertes o de cabinas para guardar objetos. Y sus números deben corresponder a los que su mensaje cita: el 1007 en Helena y el 305 en Great Falls.

—Y en esos apartados, cabinas o cajas de seguridad, guarda algo relacionado con el asunto que le preocupa —señaló roncamente Douglas.

—Exacto. Es una conclusión lógica —aprobó Scott con los ojos fijos en el vacío.

—Si supiéramos algo más... ¿En qué lío pudo meterse Paul, estando de vacaciones en su tierra, Brian?

—No lo sabemos. La señorita Kelly nos ha contado cuanto sabe, y tampoco es muy esclarecedor, salvo por el hecho de que se sentía acosado, y eso no era natural en él. No se dejaba influenciar por sospechas, sino por certezas.

—Pero usted ha dicho que no había nada que hiciera pensar en un peligro... —señaló Douglas, volviéndose a Moira.

—En efecto —asintió ésta—. Yo nada vi ni percibí, si he de serles sincera. Lo único cierto es que, cuando acabábamos de aposentarnos en la cabaña que tenía en las montañas, a pocas millas de Sheridan, de repente pareció enfurecerse, como si le asaltara una crisis nerviosa, rompió el aparato de radio que había allí, estrellándolo contra la pared, mientras se tapaba los oídos y chillaba desesperadamente, y luego se calmó, pero sólo por unos instantes. Rápidamente, me hizo subir a su coche, y partimos hacia alguna parte, no sabía exactamente cuál. Fue entonces cuando me dejó en Livingston, sin detenerse siquiera, dándome el dinero y la tarjeta de visita, y siguió viaje en la noche. Lo último que mencionó fue la posibilidad de tomar una avioneta en

Billings, para venir hasta Nueva York.

—Douglas, llama a Billings y averigua eso —pidió Scott gravemente a su amigo—. Yo intentaré comunicar con Sheridan y con otros puntos de Montana. Creo que Paul tenía familia en Helena. Trataré de localizarla.

—Sí, Brian —y Jerome Douglas desapareció rápidamente del despacho.

—En cuanto a usted, señorita Kelly... —Scott se volvió a la joven, pensativo—. Creo que necesita un descanso y relajar un poco sus nervios. ¿Por qué no se aloja en algún hotel próximo, a la espera de que Paul aparezca por aquí, si ha tenido suerte, y este embrollado asunto se aclara de una vez por todas?

Moira Kelly movió su cabeza, sombría.

—Algo me dice que Paul nunca vendrá —dijo sordamente.

—¿Quiere decir que tiene algún mal presentimiento?

—Brian frunció el ceño, apoyando una mano firme pero suave en el hombro de la joven *go-go girl*.

—Quiero decir que me temo lo peor. Creo que Paul está muerto...

El rostro jovial y simpático se endureció un momento. Los ojos color café brillaron heladamente, y Moira estuvo segura de que Brian Scott debía de resultar un peligroso adversario para quien no gozara de su amistad ni afecto.

—Ojalá se equivoque, señorita Kelly —murmuró duramente—. No me gustaría que eso se confirmase, la verdad.

Hubo un largo y penoso silencio en el despacho. Brian se encaminó luego a un teléfono situado en la amplia y pesada mesa, descolgándolo y pidiendo larga distancia a la operadora. Cuando hubo establecido comunicación con Montana, solicitó información sobre una familia Larkin en Helena, y su número telefónico: Le respondieron que había allí seis familias Larkin diferentes. Le dieron sus números respectivos.

Brian llamó a todos. Moira escuchaba, con sus manos cruzadas sobre el regazo, expectante. A la tercera llamada, resultó. Escuchó hablar a Brian con alguien:

—Sí, es Nueva York. Brian Scott, un buen amigo de Paul Larkin. Tengo noticias de que estaba en un apuro Paul últimamente... Entre Sheridan y Billings, exactamente. Sí, eso es. Trabajamos en lo mismo, señor Larkin... ¿Ah, usted es su primo? Sí, es un placer... —una pausa tensa. Luego, de repente, algo contrajo el rostro de Scott dolorosamente. El brillo de sus ojos se apagó. Moira, alarmada, captó la tirantez de sus labios al apretarse. La voz le salió ronca—. Entiendo. Sí, sí... ¿Está totalmente seguro de eso? ¿Cuándo..., cuándo es... *el funeral*? Señor Larkin, estaré ahí hoy mismo. Gracias. Adiós, señor Larkin. Hasta pronto...

Colgó lentamente. Moira estaba lívida. Se irguió. Fue hasta él,

aferró nerviosamente el brazo que acababa de soltar el teléfono. Le apremió, angustiada:

—¿Es..., es Paul? —jadeó—. ¿Está..., está...?

—¿Muerto? —lentamente se volvió a ella. Afirmó—. Sí, señorita Kelly. Está muerto. Su primo, Jeff Larkin, de Helena, me ha informado. Recibió notificación oficial de ello hace sólo unas horas. El cadáver está depositado en una pequeña población, entre Livingston y Billings, llamada Park City. Murió cerca de allí, en un motel situado a sólo ocho millas de la población.

—Le..., le asesinaron, ¿verdad? —musitó Moira Kelly, estremecida.

—Eso es lo raro. Un par de médicos le han examinado. Han de hacerle la autopsia, pero dicen que pareció enloquecer de repente, tras tomar algo en el *snack* del motel, y se lanzó contra una vidriera, hiriéndose y destrozándola. Las heridas tampoco fueron causa de su muerte. Al parecer, le mató un derrame cerebral, según todos los síntomas... Y, desde luego, no había nadie sospechoso cerca de él cuando eso ocurrió...

Un silencio profundo se aplastó sobre ellos. Douglas apareció en la puerta, y les contempló fijamente, entre sorprendido y preocupado. Scott le narró lo ocurrido, en breves palabras, añadiendo seguidamente:

—La señorita Kelly tenía razón, Jerome. Algo ocurre en Montana. Y tenemos que saber lo que es. Salgo en el primer avión hacia allí. Reserva una plaza, Jerome.

—Sí, Brian.

—Que sean dos, por favor, señor Douglas —suplicó Moira con voz rota.

—Señorita Kelly, éste es un asunto peligroso, a lo que veo —advirtió duramente Scott—. Vale más que se quede en Nueva York por el momento.

—Señor Scott, si Paul Larkin ha muerto, no quisiera faltar a su funeral. Se portó muy bien conmigo. Ni siquiera... llegó a tocarme, mientras estábamos en la cabaña, ¿sabe? Dijo que si había algo entre nosotros alguna vez..., sería cuando yo estuviese de acuerdo en ello, por algo más que simple gratitud. Sencillamente, él me sacó de aquel tugurio, sacudió a unos tipos que se metían conmigo y al dueño del local por apoyarles, y me llevó con él a un lugar tranquilo y seguro, ofreciéndome ayuda. Y todo porque le gustó mi figura y le gustó mi cara, ¿comprende? No trató de sacar tajada de nada. Era un gran chico. No quiero estar ausente cuando..., cuando su cuerpo baje a la tierra, señor Scott.

Este la miró con expresión dulce en sus ojos marrón.

Humedeció sus labios tirantes y prietos. Terminó asintiendo con lentitud.

—Sí, señorita Kelly —dijo roncamente—. Nadie tiene derecho a privarle de ese deseo. Vendrá conmigo... aunque sólo sea para el funeral, recuerde bien. No quiero que su vida llegue a peligrar también, si alguien recuerda que usted viajaba anoche con Paul, Larkin...

* * *

Park City era una población tranquila y apacible, situada en el condado de Still Water, a no mucha distancia de Billings, punto de destino de Paul Larkin. En el pequeño y limpio depósito de cadáveres de la localidad, estaba el cuerpo sin vida de Larkin, esperando el funeral, tras haber sido examinando en la autopsia. Un médico de blancos cabellos y expresión afable, atendió a Brian Scott y a Moira Kelly cuando ambos llegaron a la Morgue local.

—La autopsia confirmó el diagnóstico mío y de un colega, señor —explicó el médico—. Un derrame cerebral fue la causa de su muerte.

—¿No había heridas en su cuerpo, salvo las producidas por los vidrios rotos?

—Exacto. Ni una señal de violencia, excepto numerosos cortes, todos ellos superficiales, aunque sangraron abundantemente. Pero no creo que el impacto con el vidrio le causara la crisis. Según los testigos, comenzó a gritar y a taparse los oídos, como si oyera estampidos, y se lanzó sobre la vidriera en un arranque enloquecido. Yo diría que en ese momento debió sentir el terrible dolor cerebral que señalaba el derrame. No pudo ser de otro modo.

—¿No hay posibilidad de error en el diagnóstico, doctor?

—Ni el más mínimo. Los síntomas ya parecían claros, porque su nariz sangraba de un modo significativo, sin haberse herido en ella, pero pensamos en posibles lesiones internas por la caída. No había tales lesiones. Solamente el derrame cerebral.

Salieron de la Morgue, tras contemplar en un doloroso silencio el cuerpo sin vida, céreo y en reposo, de Paul Larkin, cuyos cortes numerosos aparecían ya secos y limpios. Unas vendas cubrían su cabeza, sin duda para ocultar huellas de la autopsia. Las lágrimas rodaron en silencio por las mejillas de Moira Kelly.

En contraste con el día anterior, brillaba el sol en el cielo de Montana. El asfalto de Park City, sin embargo, mostraba

numerosos charcos todavía en sus tranquilas calles y plazas provincianas.

Se encaminaron al hotel Rocky Mountains, donde se alojaba Jeff Larkin, primo del fallecido. Resultó ser un hombre tosco, grueso y saludable, sin el menor parecido con Paul, salvo en su carácter abierto y cordial.

Saludó a ambos jóvenes, pasando a exponer su sorpresa por el hecho de que su primo sufriera una muerte semejante, y más aún por los síntomas presentados, tanto en presencia de Moira en la cabaña, como en el parador de la carretera cuando falleció.

—No logro entenderlo —manifestó Jeff Larkin, sacudiendo la cabeza sobre su recio cuello—. Paul era un chico sereno y equilibrado, poco dado a histerismos. Y su salud, según él mismo me contó hace poco, era excelente.

—¿Cuándo le vio por última vez, señor Larkin? —se interesó Scott.

—Justamente hace una semana, cuando iba a Sheridan. Estuvo de paso por Helena, con su coche, y parecía feliz de disfrutar al fin de unas vacaciones. Yo... bueno, yo sabía que él trabajaba en algo especial para el Gobierno, pero conocía su carácter reservado, especialmente en esos temas, y nunca le pregunté nada que pudiera ponerle en una situación embarazosa, ¿comprende?

—Sí, le entiendo muy bien. Y él no le habló nunca de sus actividades...

—No, nunca. Era un hombre de absoluta confianza, no tenga la menor duda,

—Nunca la tuvimos —asintió Scott vivamente—. Paul era uno de los mejores en nuestra tarea. Por eso estoy interesado en saber qué sucede aquí.

—¿Cree que su muerte no es por causas naturales, como dicen los médicos? Incluso la autopsia ha resultado...

—Sé cómo ha resultado, señor Larkin. Pero tuvo que haber algo más en su muerte, y eso es lo que quiero averiguar. Dígame, ¿sabe por qué elegía precisamente Sheridan como lugar de descanso en sus vacaciones?

—No lo sé. Esta fue la primera vez que lo hizo, que yo sepa. Hace tres o cuatro años estuvo aquí, y recuerdo que se alojó en Great Falls. Otras veces, lo había hecho conmigo, en Helena, pero sé que la capital de este Estado no le gustaba demasiado, pese a tener mi casa en ella. También había vivido en Billings, donde tenía amigos... Pero nunca en Sheridan, antes de ahora, eso seguro.

—¿Conoce usted la población de Sheridan? —indagó Scott.

—No, en absoluto. Es una ciudad pequeña, en el condado de

Madison. Es cuanto sé. No creo que Paul buscara allí otra cosa que no fuera reposo, aire limpio de las montañas y cosas así... Me dijo que pensaba comprar o alquilar una cabaña en el campo...

—Lo hizo —asintió Moira—. En las Rocosas, a sólo quince millas de Sheridan.

—Vaya... —Jeff miró vivamente a la joven—. ¿Usted le conoció, señorita?

—Sí. Unos días solamente. Era el principio de una buena amistad... que ahora se ha roto para siempre —afirmó ella con expresión sombría.

Poco después se despedían de Jeff Larkin, sin haber añadido dato alguno aprovechable a lo poco y oscuro que ya sabían. Moira le hizo notar a Scott, mientras caminaban hacia su propio hotel, situado a pocas manzanas del Rocky Mountains:

—No mencionó usted la posible existencia de un apartado postal en Helena...

—No, no lo hice —sonrió torvamente Scott, mirándola de reojo—. No me gusta confiar demasiado en nadie, sobre todo mientras ignoro lo que tengo entre manos.

—Sí, es lo que imaginé. Usted no confiaría en mí tanto, si no fuese por esa muesca de la uña de Paul en la tarjeta, ¿no es cierto?

—Muy cierto —asintió Scott, mirándola fijamente—. Lo que le ocurriese a Paul, tiene que tener una relación muy directa con este Estado. La clave de su muerte ha de estar forzosamente aquí, si hay en ella, como sospechamos, algo oscuro y terrible que no es lo que parece. Aunque ese hombre sea pariente de Paul, no podemos estar seguros de que sea persona de fiar. Después de todo, si Paul no confió en él y lo hizo en usted, una chica a quien prácticamente desconocía aún, ¿por qué vamos a confiar nosotros?

—Sí, en eso tiene razón —suspiró Moira—. Ahora, ¿qué podemos hacer? El funeral no es hasta mañana... Un día entero en esta ciudad debe resultar muy aburrido...

—Usted va a tener que soportarlo, Moira —le replicó Scott con firmeza.

—¿Y usted no?

—Yo tengo algo que hacer. Un helicóptero me recogerá esta misma tarde para iniciar un breve viaje.

—¿Un viaje adónde, exactamente? —se interesó ella.

—Es confidencial —sonrió Brian Scott—. Pero no quiero que usted piense que no confío en usted. Voy a darme una vuelta breve por un lugar llamado Sheridan... Volveré esta misma noche.

—Tenga cuidado —se estremeció ella—. Podría no regresar

tampoco...

—Ya lo he pensado —rió suavemente Scott con dura expresión—. Es el riesgo que se corre siempre en mi profesión. Pero hasta ahora lo eludí bastante bien, como ve. ¿Por qué habría de ser distinto esta vez?

—No sé, pero Paul parecía referirse a algo horrendo cuando hablaba... Algo peor que la misma muerte... Cada vez que pienso en ello, siento tanto miedo como él debía de sentir en aquellos instantes... Y ni siquiera sabemos lo que ello pueda ser.

—Por eso hay que averiguarlo, Moira. Lo antes posible —sentenció con voz firme el joven agente especial del Gobierno.

—Si teme por mi seguridad personal, Scott, ¿por qué no me lleva con usted? Aquí, sola, podría correr más peligro que estando a su lado, ¿no se le ha ocurrido pensarlo?

—Quizá tenga razón —gruñó Brian—. Siempre logra convencerme. Bien, venga conmigo. Pero se quedará en el hotel donde me aloje, sin acompañarme a los sitios que visite. Si soy yo quien corre peligro en Sheridan, no deseo compartirlo con usted, ¿de acuerdo?

Moira se limitó a asentir, sonriendo.

CAPITULO IV

Tampoco Sheridan era una ciudad bulliciosa, aunque la vecindad de empresas mineras importantes, con bastante personal trabajando en ellas, debía de convertirla en una población bastante alegre los sábados por la noche. Pero en días laborables como aquél, las calles de Sheridan era de una calma y sosiego absolutos. Un aire frío y seco, procedente de las vecinas Montañas Rocosas, recortándose contra el cielo allá en el horizonte, barría las calles, secando con rapidez las huellas del formidable aguacero sufrido la noche anterior.

Brian Scott, que deambulaba solo, tras dejar a Moira en el hotel, se detuvo frente a un club nocturno o *burlesque* de segunda fila, llamado Starlett, donde todavía aparecía adherida, en una vitrina de fotografías y anuncios, una foto de Moira Kelley, bastante desprovista de ropa, bailando sobre una barra de bar, bajo luces de diversos colores. Debajo, se había escrito toscamente con rotulador rojo:

MOIRA, LA SEXY.
TODAS LAS NOCHES, NUESTRA GO-GO GIRL
ANIMARÁ SUS HORAS EN STARLETT

Sonrió. Moira tenía una espléndida figura, pensó él joven agente especial de Inteligencia. Aún era más atractiva que vestida de calle. Pero aquel local, evidentemente, no debía de ser de su gusto, posiblemente como ningún otro donde tenía que actuar en su especialidad.

De allí la había sacado Paul Larkin tras una pelea, llevándosela a una cabaña en las montañas, para pasar unos días. Y había sido un perfecto caballero, sin tocarla siquiera mientras permanecieron allí. Admirable Paul, pensó Brian con pesar.

No había nada en el barrio ni en el club nocturno digno de su atención. Tomó un taxi, indicándole la dirección que Moira le diera en las estribaciones cercanas de las Rocosas.

El taxista le miró, arqueando las cejas.

—¿Rockwood, ha dicho? —indagó—. La carrera va a costarle una fortuna, señor. Está a más de quince millas de aquí...

—No le importe. Iremos y volveremos. Sólo estaré allí cosa de unos minutos, amigo. No pienso regatearle el importe del viaje, esté seguro.

El taxista se encogió de hombros, iniciando la marcha. Por el camino, le señaló que era mucho más económico tomar el autobús en la plaza, frente al City Hall de Sheridan, pero que los autobuses salían

cada dos horas solamente. Scott le dijo que no podía esperar tanto tiempo, y prefería el taxi

La cabaña resultó hallarse en un tranquilo y hermoso lugar, rodeada de pinos y abetos, con una ladera suave que iba morir en un arroyo caudaloso, perdido entre vegetación Rocosas estribaciones iniciaban allí la subida a la cadena montañosa de mayor envergadura en todo Estados Unidos.

Scott bajó del taxi, encaminándose a la cabaña, que contempló atentamente. El taxista se quedó sentado al volante, fumando un cigarrillo. La tierra estaba muy mojada allí, y el frío era intenso.

El joven agente utilizó una llave maestra, de un manajo que llevaba consigo, para franquear el paso a la cabaña. Contempló las dos sillas derribadas, una botella de leche y un vaso, volcados en el suelo, derramado su contenido, que aparecía ya seco, y algo más allá un buen receptor de radio a transistores, no demasiado grande, pero provisto de onda normal, frecuencia modulada y onda corta. Se había hecho añicos al estrellarse en el duro pavimento de piedra Sisa, cubierto a trechos por alfombras de nudos.

Se inclinó, recogiendo el receptor y comprobando que ya no podía funcionar en lo sucesivo, a menos que se recompusiera uno nuevo con aquellos restos dispersos, dentro de una caja agrietada. Buscó con la mirada una bolsa de papel, y encontró una de las que se entregan en los supermercados para llevarse las compras. Metió en ella los restos de la radio, y siguió examinando la cabaña. Halló ropas de Paul, objetos de uso personal y libros. Pero nada revelador ni interesante. Tras una última ojeada, se encaminó a la salida.

Regresó hacia el taxi con paso rápido, haciendo crujir las agujas de conífera que alfombraban el suelo, arrancadas la noche anterior por la fuerza del viento. El taxista le miró, disponiéndose a partir de nuevo.

—¿Ya de regreso, señor? —indagó.

—Sí, por favor —pidió Scott—. Le dije que estaríamos poco tiempo aquí.

El coche inició la marcha apenas se acomodó en él Brian, le regreso a Sheridan. En las alturas, sobre sus cabezas, pasaron dos helicópteros sobrevolando picachos cubiertos de abetos.

Scott los miró curiosamente, a través de la ventanilla del coche.

—Parecen militares —observó.

—Lo son, señor —corroboró el taxista—. Hay muchos últimamente, sobrevolando esta región.

—¿Helicópteros militares por aquí? —se extrañó Scott—. ¿Por qué motivo?

—Lo ignoro —el taxista se encogió de hombros—. Por aquí no

hay bases militares que yo sepa. Ni destacamentos especiales de Ejército. Tal vez sean maniobras, no sé.

Brian Scott frunció el ceño, pero no dijo nada. El regreso a Sheridan parecía iniciarse sin novedad. Un coche plateado, deportivo, se cruzó con ellos a cosa de un par de millas de la cabaña. Pasó muy rápido, y Scott sólo le dirigió una mirada distraída.

—Es una locura correr así por estas carreteras —comentó el taxista, malhumorado, viendo desaparecer en la distancia al coche plateado, por el retrovisor—. Hay muchos barrancos, y por buenos que sea coche y conductor, puede terminar uno en el fondo de cualquiera de ellos, al menor descuido, sobre todo cuando huela.

Scott asintió distraído, apretando contra sí la bolsa de la radio rota. Sorprendido, descubrió en ella algo que antes no había visto. Una serie de cifras habían sido escritas a lápiz en el papel. Posiblemente un número telefónico. Recordó que donde estaba la bolsa, allá en la cabaña, no había otros papeles a su lado. Y el teléfono estaba cerca, sobre una repisa.

Tomó nota mental de ello. Y siguió reflexionando, mientras el coche avanzaba hacia Sheridan. Se preguntó qué estaría haciendo Jerome Douglas en Great Falls, buscando el número 305 en la oficina postal, en cajas fuertes de alquiler y en cabinas para guardar objetos personales. El tenía que buscar también el número 1.007 en Helena, apenas terminasen los funerales por Paul Larkin. Y eso sería al siguiente día.

Faltaban sólo dos millas escasas para Sheridan, cuando un motor rugió atrás, a sus espaldas. El taxista miró el retrovisor y puso mala cara.

—Vaya, otra vez esos tipos del coche plateado —comentó—. ¿Es que se creen que esto es un circuito de carreras, maldita sea?

Les estaban pidiendo paso. Se hizo a su derecha, y el potente deportivo color plata zumbó junto a ellos, perdiéndose entre una nube de polvo, ya que en aquella zona la carretera estaba completamente seca, y el barro se pulverizaba fácilmente ahora.

Brian Scott siguió la marcha del coche con expresión curiosa. Pero no hizo comentario alguno. Llegaron a Sheridan sin novedad, y se encaminó al edificio de Teléfonos, donde solicitó información sobre aquel número escrito en el papel ocre de la bolsa. Tuvo que exhibir su credencial a la operadora para que ella se lo facilitara. Tras una breve búsqueda, le notificó con indiferencia:

—Es el número de la clínica del doctor Ellery, señor.

—¿Dónde está eso, señorita? —preguntó Scott.

—Aquí, en Sheridan. A una milla del centro urbano, en dirección sur. No tiene pérdida.

Dio las gracias a la operadora, sin preguntar más, y buscó en una guía telefónica. Leyó la línea destinada a la clínica en cuestión.

Además del número y señas correspondientes, indicaba allí:

«Doctor John Ellery. Clínica quirúrgica. Enfermedades generales. Neurocirugía.»

Eso era todo. Scott no sabía si podía significar algo. Después de todo, Larkin había muerto de un derrame cerebral, y allí había una especialización en neurocirugía. Valía la pena anotarlo. Y lo hizo, regresando al hotel sin prisas, con su radio rota dentro de la bolsa.

No pudo dejar de notar, de pasada, que el coche plateado de sport se hallaba aparcado a una manzana del hotel. Pero no le concedió importancia alguna. Entró en el establecimiento hotelero.

—La señorita Kelly no está —respondió el conserje, al preguntar por ella.

—¿No? —enarcó las cejas Brian, sorprendido—. ¿Sabe adónde fue?

—No dijo nada, señor. Su llave está aquí —mostró el casillero—. Salió del hotel con dos caballeros. Parecía bastante preocupada, tenía mala cara. Uno de ellos dejó la llave, indicando que volverían en seguida con su prima... Y se fueron.

—Ella no tiene ningún primo en esta ciudad ni en todo Montana —cortó abruptamente Scott. Y dejando al conserje la bolsa con su contenido, se lanzó velozmente al exterior, tratando de hacer algo para localizar a Moira Kelly.

No la vio en torno al hotel por parte alguna. Preguntó al portero, pero no se acordaba de haberla visto. Regresó con rapidez, advirtiendo, casi mecánicamente, que el coche plateado ya no estaba allí.

Subió con rapidez a la habitación de Moira Kelly, tras reclamar la llave al conserje. Revisó la habitación minuciosamente. No había señales de violencia en absoluto. Pero sus ojos se clavaron inmediatamente en la punta de una de las alfombras. Estaba doblada. Un tacón de mujer se había hincado fuertemente en aquel punto. Tan fuertemente, que había un leve desgarró y salían hilachas de él. Se inclinó, apoyando una rodilla en tierra. Examinó de cerca el roto y la señal del tacón en el doblez del grueso tejido. Un botón azul oscuro, forrado de tela, yacía bajo el doblez, aplastado. Recordó rápidamente el traje de Moira aquel día, tras el rápido viaje desde Nueva York: traje sastre, azul oscuro, con botones de igual color, forrados.

Aquel botón significaba que ella lo había arrancado con rapidez,

ocultándolo allí y presionando la alfombra para indicárselo a un sagaz observador. Y ella imaginaba, sin duda, que un agente del Gobierno tenía que ser sagaz y observador.

—Es un mensaje... —jadeo, incorporándose—. Una señal que indica algo. Sólo puede significar que salió de aquí por la fuerza, obligada por esos hombres, y que no podía hablar ni dejar otra clase de rastro suyo. Pero ¿adónde pueden haberla llevado, quiénes son sus captores y por qué lo hicieron?

La sola idea de que pudiera estar ahora en grave peligro, si los raptos tenían relación con la persecución de que era objeto Paul Larkin, le exaspero. Se consideró culpable, por no haberla llevado consigo a la cabaña, pero más aún por haber permitido que le acompañase a Montana.

Obtuvo una descripción de los dos hombres que le acompañaban al salir del hotel. Según el conserje, eran jóvenes, uno de ellos alto y algo rubio, y el otro de estatura normal, y pelo oscuro. Eso era todo.

Pensó en dirigirse a la oficina del *sheriff* para comunicarle la desaparición, pero pensó que aún era demasiado pronto para que tomaran en serio su denuncia, sin otra prueba que sus simples temores y la existencia de un caso que ni siquiera tenía aún un sentido concreto. Para todos, la muerte de Paul Larkin era motivada por causas naturales y no existía evidencia alguna de que hubiera un asunto criminal en todo aquello.

—Si quisieran haber matado a Moira, ya lo hubieran hecho —se dijo entre dientes, con expresión furiosa, mientras se dirigía a un taxi y le daba la dirección de la clínica del doctor Ellery. —Tal vez intentan solamente interrogarla, saber cuánto llega a imaginar o sospechar... y saber quién soy yo, exactamente. Confío en que sea así.

El taxi le dejó en la clínica en breve espacio de tiempo.

Era un edificio moderno, de dos plantas, rodeado por un jardín con abetos, en una zona limpia y tranquila de la región. Preguntó por el doctor Ellery, pero le dijeron que estaba muy ocupado, y en su lugar le recibió la doctora Agnes Wheeler, jefe de personal de la clínica.

Era una mujer joven, de unos treinta años, cabellos oscuros cortos, ojos color verde oscuro, atractiva figura y sonrisa suave y educada. Unas gafas de montura dorada, muy estilizada, montaban sobre su recta y breve nariz.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor Scott —dijo, tras saludarle cortésmente—. El doctor Ellery tiene trabajo en un quirófano en estos momentos, y no puede atenderle.

—Doctora Wheeler, soy amigo de alguien que, sin duda, ha sido paciente suyo en esta clínica, puesto que me recomendó visitarles para exponerles mi caso —dijo con frialdad el joven agente, procurando olvidar en estos momentos su intensa preocupación por la suerte que

podiese correr Moira Kelly—. Espero puedan atenderme.

—Le escucho, señor Scott. ¿Quién es ese amigo suyo?

—Su nombre es Larkin, Paul Larkin. Natural de este estado.

—¿Larkin ha dicho? —la doctora enarcó las cejas, pensativa—. Un momento, por favor. De momento, su nombre no me suena en absoluto, pero miraré en el fichero, por si acaso. No todos los pacientes personales del doctor Ellery me son conocidos...

—Sí, lo comprendo —asintió Brian, siguiéndola con la mirada cuando la doctora se inclinó sobre un mueble metálico arrinconado, y comenzó a bucar en el cajón de la letra L., minuciosamente. Al fin meneó la cabeza, regresando a la mesa.

—Lo siento —manifestó—. No hay ningún Larkin registrado aquí. Tal vez usted equivocó el establecimiento sanitario, señor Scott...

—No, no —rechazó Brian—. Estoy seguro de ello. El me dio este nombre. Aseguró que le habían atendido muy bien...

—¿De qué, exactamente? —los ojos de la doctora se fijaron en él, taladrantes.

—De unos fuertes dolores de cabeza, doctora. Fuertes jaquecas, según creo. Un médico de Helena le dijo que podía sufrir alguna clase de tumor, pero no confió en él y vino a Sheridan a hacerse visitar por el doctor Ellery...

—Por la razón que sea, no llegó a hacerlo. De otro modo, su ficha estaría ahí —le respondió con frialdad la doctora Wheeler.

—Lo sé, lo sé. Pero es lo que él me dijo. Y como yo también padezco de jaquecas bastantes intensas...

—Eso es distinto. Podemos examinarle a usted. Pero no porque sepamos nada de ese otro caballero que usted citó. Si se fie de nosotros... podría darle hora para una consulta con el doctor Ellery, que es quien lleva los asuntos de neurocirugía y neurología.

—Sí, por favor. Pero, estaré poco tiempo en Sheridan, doctora...

—Procuraré que le vea mañana, ¿le parece bien? —sonrió ella, tras consultar un bloc— Díganos que podría ser a las tres de la tarde, que tiene un margen libre el doctor. ¿Le va bien esa hora?

—Perfecto, doctora, a las tres estaré aquí —prometió Scott, poniéndose en pie— Y trataré de hablar con mi amigo, para deshacer el equívoco...

—Hágalo. Comprobará que él no estuvo aquí. Mañana, apenas llegue usted, se le rellenará una ficha completa con sus datos personales y clínicos, señor Scott, como se hace con todo el mundo. Si él no figura en nuestro fichero, es que nunca se hizo visitar por mí o por el doctor Ellery.

—Sin duda, doctora. Por cierto, ¿cuál es su propia especialidad?

—¿La mía? Cirugía general. Es el doctor Ellery quien se ocupa de todo lo cerebral, señor Scott. Hasta mañana a las tres.

Brian salió de la clínica totalmente defraudado. Tal vez Larkin anotó ese número, pero nunca llegó a acudir allí. Lo anotó en la cabaña. Luego, escapó de ella con Moira, aterrorizado por algo... ¿Por qué, exactamente?

Regresó al hotel. Seguía sin saberse nada de Moira Kelly. Llamó a un número de Helena, y se puso Jerome Douglas. Su inconfundible voz le informó negativamente:

—No he encontrado apartado postal, reservado ni cabina o caja fuerte que corresponda a Paul Larkin, con el número 1.007. Sigo buscando, Brian.

—Bien. Hay malas nuevas, Jerome. Moira ha desaparecido del hotel, en compañía de dos desconocidos. Dejó un botón desprendido de su traje, bajo un doblez de la alfombra que pisoteó. Es un mensaje, sin duda. Debieron secuestrarla.

—Cielos... ¿Crees que Corre peligro su vida?

—No lo sé, Jerome. Ellos pueden pensar que la chica sabe mucho, si saben que viajaba anoche con Larkin... Me asusta lo que pueda sucederle. Sigue buscando en Helena. Luego, ve a Great Falls. Yo no saldré de Sheridan hasta dar con ella.

—¿Y el funeral de Park City?

—Por Larkin nadie puede hacer nada. Por Moira, tal vez. Ella cuenta más ahora. Obtén datos de un tal doctor John Ellery, de Sheridan, y de una tal doctora Agnes Wheeler. Ellery es neurocirujano. Me interesa mucho saber cuanto sea posible de ellos. Recurre al archivo federal si es preciso.

—Bien, Brian. ¿Algo más?

—Sí. Averigua por qué hay sobrevolando la zona del condado de Madison numerosos helicópteros militares últimamente. Inquiérete datos confidenciales del Pentágono y comunícamelos en el acto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo en todo, Brian —corroboró vivamente Jerome Douglas—. ¿Puedo hacer algo por Moira? ¿Recurrimos a otros medios más eficaces?

—Sólo si es absolutamente preciso y no aparece durante el día de hoy. Yo me ocupo personalmente de ello ahora. Suerte, Douglas.

—Igualmente, Brian. Sobre todo, por esa chica, Moira...

Scott no dijo nada. Encajó las mandíbulas con fiereza y colgó. En el acto sonó el timbre del teléfono. Lo descolgó de nuevo.

—¿Sí? Habla Brian Scott.

—Señor Scott, debo informarle de algo —sonó apagada una voz confidencial—. Aquí abajo hay un individuo que pretende que le entregue su paquete, señor. Soy el conserje. Ya sabe, el paquete de papel marrón que me dejó antes...

Brian Scott se puso rígido. Recordó que había dejado en conserjería la bolsa con la radio destrozada de Larkin. Y alguien reclamaba ahora ese paquete...

—Entreténgale —ordenó secamente—. Con cualquier excusa. Yo bajo en seguida. Que no sospeche nada. Haga que va a dárselo, no le ponga dificultades.

—Bien, señor. El asegura que usted lo dejó aquí para él. Se llama Paul Larkin...

—Es mentira. Ya voy.

Colgó. Presuroso, cruzó la habitación, saliendo al corredor. Descendió con premura por las escaleras, despreciando el ascensor, que era demasiado visible en el vestíbulo del hotel. Asomó al *hall*, clavando sus ojos en la conserjería. Un hombrecillo vulgar, vestido de gris, conversaba con el conserje, que tenía el paquete en sus manos, como si fuera a entregárselo.

Brian Scott se movió con celeridad hacia aquel punto, pisando sin ruido en la alfombra. Se aproximó al hombrecillo del mostrador.

Y, de repente, sonó un taponazo seco en alguna parte... y algo rozó ardientemente la piel de su cuero cabelludo, perdiéndose en el aire.

—¡Cuidado! —sonó una ronca voz—. ¡El tipo nos ha descubierto!

Brian giró la cabeza. Un hombre moreno y fornido empuñaba una pistola con silenciador. Unos clientes del hotel gritaron, apartándose de la línea de fuego. El hombrecillo del mostrador, muy rápido aprovechó el momento de confusión, se abalanzó sobre el conserje, le arrancó el paquete de las manos y corrió hacia la salida como una rata asustada.

El otro individuo apuntó de nuevo a Scott, apretando el gatillo de su arma.

* * *

Esta vez, Brian tuvo el tiempo preciso para lanzarse a tierra antes de que el arma hiciera fuego por segunda vez, porque intuyó la acción de su enemigo. El disparo brotó, con otro estampido sordo, amortiguado por el tubo silenciador hasta parecer un inofensivo chasquido.

La bala se clavó en el tapizado de una butaca del vestíbulo, mientras Scott, en el suelo, pegado a la moqueta del local, extraía su propia arma y, sin vacilar, apretaba a su vez el gatillo, disparando contra el hombre armado.

Este saltó atrás, como un pelele, al recibir el potente proyectil del arma de Brian Scott, en tanto el estampido retumbaba fuertemente en la amplia sala, para terror de los presentes, huéspedes o empleados. La

sangre, violentamente, salpicó muros y muebles, cuando escapó del tremendo boquete que la bala de calibre 45 de Scott abriera en el pecho del herido.

Gritos, carreras y voces se mezclaron en confusión mientras el hombrecillo alcanzaba la salida, llevando consigo la radio envuelta en papel marrón. Scott pudo haber disparado sobre sus espaldas impunemente, pero aquel hombre no significaba un peligro inmediato para él, ni le gustaba herir a nadie por la espalda, aunque fuese de la peor calaña imaginable.

En vez de ello, saltó sobre sí mismo, flexionando sus rodillas, y una vez en pie, corrió arma en mano hacia la puerta, gritando:

—¡Alto! ¡Alto o disparo! ¡No intente escapar!

Pero el individuo no le obedeció, saliendo a la acera todo lo de prisa que le era posible. Scott intentaba precipitarse tras él, cuando algo ocurrió en el exterior.

El hombrecillo se paró en seco, gritando agudamente y soltando el bulto, que rodó por la acera, abriéndose y haciendo golpear el asfalto al aparato de radio agrietado, que terminó de partirse en tres trozos.

—¡Nooo! —chilló, exasperado, el hombre que robara la bolsa, llevándose desesperadamente las manos a sus oídos—. ¡Eso no, por Dios, no...! ¡Piedad, nooo! ¡A mí, no...!

Caía de rodillas, agitándose entre convulsiones, y Scott, deteniéndose asombrado, captó la expresión horrible de aquel rostro enrojecido, casi violáceo, de ojos saltones y boca torcida y convulsa, sin saber qué hacer ante el asombroso espectáculo que tenía lugar en la acera de la calle.

Lo curioso es que nada parecía suceder, y que la puerta vidriera del hotel, abierta a la calle, no hizo entrar en el local ruido alguno que justificara la férrea manera en que el desconocido quería tapar sus oídos de algo que, sin duda, solamente él podía captar.

Luego, para pasmo del joven agente especial, un ronco aullido escapó de labios del que se agitaba en la acera, su mirada se tornó vidriosa, y cayó de bruces, con una especie de pataleo, quedando inmóvil en la acera.

Scott, prevenido, arma en mano, asomó a la puerta, mientras la tensión y el asombro reinaban en torno suyo. Miró a ambos lados de la calle. No descubrió nada sospechoso ni alarmante. Pasaban transeúntes, que miraban con vivo estupor al caído, coches circulando a marcha normal, entre ellos un autobús y una furgoneta comercial con altavoces, emitiendo una música ligera como fondo de una voz anunciadora de productos alimenticios que se ofrecían en oferta especial en una cadena local de supermercados, y el inevitable coche plateado, aparcado y sin ocupantes, allá en una esquina cercana.

Nadie cerca del individuo. Nadie en las proximidades, salvo simples

curiosos. Ni la menor señal de una amenaza misteriosa o terrible. Nada de nada, salvo el cuerpo tendido en el asfalto, boca abajo.

Se acercó, pistola en mano, mientras la gente que se había arremolinado en el lugar, retrocedía instintivamente al verle armado. Le dio vuelta, ceñudo, examinando su rostro crispado e inmóvil. Buscó su pulso en el cuello y el corazón. Luego le apretó la muñeca.

Era inútil. El tipo estaba muerto.

—No se mueva —dijo una dura voz—. Tire su arma o le dejo seco.

Brian Scott oyó el chasquido peculiar de un revólver al ser accionado el percutor. Soltó un arma, alzando los ojos hacia el que le amenazaba.

CAPITULO V

—¿Un café, señor Scott?

—Gracias —Brian tomó la taza que le tendía Elmer Mallory, *sheriff* de Sheridan, condado de Madison—, No, no me dé azúcar, lo prefiero solo.

—¿Desea permanecer desvelado? —sonrió la autoridad local.

—No. Deseo tener mis nervios a punto. El café me ayuda. —Lo celebro —suspiró, echando varios terrones de azúcar en su propio café—. A mí, en cambio, me va mejor muy dulce... Bien, señor Scott. Debería tenerle en una celda, y ahora es mi invitado. Espero no tenga queja de mí cuando vuelva a Nueva York...

—No la tengo, *sheriff* Usted obró en buena lógica al arrestarme en la calle. Había disparos, dos hombres muertos, uno de ellos de un balazo disparado por mí... Lo cierto es que no hubiera querido matarle, pero tuve que tirar así para evitar que él disparase a placer sobre mí. Era cuestión de décimas de segundo.

—Lo sé. Los testigos lo confirmaron. De todos modos, estaría arrestado, de no medir su identidad y el informe del Gobierno que recibí por ese teléfono. Usted es un hombre importante para los servicios de seguridad nacional. Lo que me pregunto es qué puedo traerle a Montana.

—Ya se lo dije: otra muerte en Park City. Un hombre muerto de derrame cerebral. Y ahora, también un secuestro. Y un intento de asesinato en el hotel, más el intento de robo de un paquete sin valor alguno.

—Demasiadas cosas para un sitio pequeño, como Sheridan —murmuró Mallory, resignado pero con expresión perpleja—. ¿No puede decirme lo que realmente sucede aquí?

—Para ello tendría que saberlo yo antes, *sheriff*. Es como enfrentarse a un muro de sombras. No sé nada de nada ni entiendo nada... al menos de momento. Usted vio a ese hombre muerto en la acera, ¿no? Nadie sabe lo que le ocurrió, exactamente. Un momento antes estaba vivo. De pronto, comenzó a gritar y taparse los oídos. Y murió.

—Eso no tiene sentido, señor Scott.

—Ya se lo dije. Nada lo tiene hasta ahora. Esperemos que la autopsia de ese hombre nos aclare algo, aunque si mis sospechas son ciertas, creo que...

—¿Qué? ¿Qué es lo que cree? —demandó Mallory, saboreando su café azucarado.

—No, nada —suspiró Scott—. Esperemos todavía, *sheriff*—

—¿Y sobre esa chica desaparecida?

—Sigo sin saber nada. La secuestraron. Podían haberla matado,

pero la secuestraron. Sólo se me ocurre una idea: esperaban obtener algo de ella, tal vez imaginan que sabe algo que a ellos les interesa. Es la única posibilidad de que siga con vida. Si no lo sabe o en caso de saberlo, se lo revela a sus captores, su vida no valdrá un centavo.

—¿No tiene ninguna pista posible sobre su paradero actual?

—Ninguna, *sheriff* Esperaba conseguirla de alguno de esos hombres que entraron en el hotel. Pero ambos han muerto de distinta manera, y no hay esperanza inmediata de conseguir un nuevo rastro...

—Debió venir a denunciarle apenas ocurrió, señor Scott.

—Ya le dije que era muy pronto para imaginar un rapto. Quería investigar varias cosas en Sheridan.

—¿Por qué le quisieron robar ese paquete? —preguntó de pronto Mallory, señalando la bolsa marrón con la radio hecha pedazos junto a ella, encima de una mesa de su oficina—. No veo que contenga nada especial... y mucho menos de valor.

—Yo tampoco. He examinado esa radio minuciosamente, por si alguna pieza de su interior era especial o se ocultaba algo en ella. No hay nada de nada. Es simplemente lo que parece: una radio rota.

—Que se sintonizaba, al romperse, en la emisora local QWZ —rió entre dientes el *sheriff*, de buena gana.

—¿QWZ? —indagó Brian Scott, enarcando las cejas—. Siempre se suele sintonizar en una emisora local cuando se habita en una casa de montaña, sin antenas especiales para la audición, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto. Además, suelen dar buena música, aunque a veces sufre interferencias de otros puntos cercanos con antenas emisoras más potentes. En las regiones montañosas, eso resulta bastante normal.

—Supongo que así debe ser —distráidamente, Scott pasó a otro tema—. *Sheriff*, ¿conoce usted la razón de que haya helicópteros militares en las cercanías, sobrevolando el condado?

—El Ejército tiene siempre sus cosas muy bien guardadas —confesó Mallory, bostezando—. Pero se rumorea que están proyectando instalar una base en esta zona, para el seguimiento de satélites artificiales de observación militar internacional. Usted, que es del Gobierno, debería saberlo.

—El Gobierno y el Pentágono, no siempre se explican sus cosas —rió Brian de buena gana—. ¿Eso que me ha dicho es sólo un rumor?

—Sí, sólo eso. Hace un par de meses hubo aquí una comisión militar que permaneció en Sheridan durante una semana larga.

Hicieron varios viajes a las afueras, pero nadie supo para qué. Luego empezaron a aparecer helicópteros militares. Y se iniciaron los comadreo.

—Entiendo —miró largamente al *sheriff*—, ¿No puede hacer nada para ayudarme a localizar el paradero de la señorita Kelly?

—Al menos, lo intentaré. Enviaré a mis cinco ayudantes a revisar toda la zona minuciosamente, sin despertar demasiadas sospechas. Los lugares más escondidos serán revisados más intensamente. Si han elegido algún escondrijo de los alrededores, daremos con él, no lo dude.

—Gracias, *sheriff* —Scott se puso en pie perezosamente y le tendió una mano—. Voy a quedarme toda esta noche en Sheridan, esperando resultados. Mañana tengo que estar en un funeral en Park City, pero volveré en seguida a esta ciudad. Mañana mismo, por supuesto.

—Estaré esperándole. Puede contar con mi ayuda incondicional, señor Scott.

—Gracias por todo, *sheriff* —ya cerca de la puerta se detuvo, volviéndose al hombre de la ley para preguntarle con aire pensativo—: ¿Qué puede decirme del doctor Ellery?

—¿El neurocirujano de la clínica de Southway? —se sorprendió Mallory—. Es un buen médico, según dicen. Viene mucha gente de fuera a ser examinada por él. Creo que es una notabilidad en su clase.

—¿Y la doctora Wheeler?

—Muy atractiva para ser médico —rió Mallory de buena gana, guiñándole un ojo—. ¿Por qué le interesan esos dos doctores, Scott?

—Aún no lo sé —se encogió de hombros Brian—. Pero me interesan, es cierto... Más como personas que como médicos.... Cerró tras de sí. El *sheriff* local se quedó sentado, con las cejas fruncidas y la mirada fija en la puerta por la que el agente del Gobierno acababa de desaparecer.

* * *

Apenas sonó el timbre telefónico, Brian Scott tomó el aparato con rapidez, preguntando ansiosamente:

—¿Sí? Habla Scott. ¿Quién llama?

—Soy yo, Brian. Jerome, desde Great Falls.

—Cielos, estaba impaciente por saber algo de ti. ¿Hay novedades?

—Muchas, Brian. Localicé el número 1.007 en Helena.

—¿Y...? —los nervios de Scott se pusieron tensos.

—Era la consigna de la estación de autobuses. Un maletín portafolios a nombre de Paul Larkin. Sin resguardo. Me lo

entregaron con una orden federal.

—¿Qué contenía?

—Algo sin sentido: un mapa de Montana. Y un folleto sobre emisoras de radio locales en Estados Unidos, sus sintonías y sus longitudes de onda y demás datos.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso, Brian. Ni una nota, ni un papel. Nada de nada. Sólo líneas trazadas sobre el mapa de Montana con rotulador azul y rojo, entrecruzándose. Parecen, conforme al folleto de emisoras de radio locales, los radios de acción de emisiones de Montana, entrecruzándose entre sí. Pero hará falta un técnico en la materia para resolverlo.

—Pídelo inmediatamente. ¿Y el 305 de Great Falls?

—Lo estoy buscando. Esta vez no es la consigna del *bus* ni del ferrocarril. Ni tan siquiera del aeropuerto. Ya vi todo eso, así como apartados postales y cajas de alquiler. Sigo indagando la segunda pista dejada por Larkin.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. Informes federales sobre el doctor John Ellery.

—Adelante.

—Un neurocirujano de primera fila. Estuvo en la Navy como tal durante diez años. Hizo notables intervenciones en tumores cerebrales. Sin antecedentes, por supuesto. Parece un hombre honesto.

—¿Y la doctora Agnes Wheeler?

—Nada sobre ella. Absolutamente nada, ni bueno ni malo. El Colegio Médico de Montana la tiene registrada como doctora en cirugía y medicina general. Tampoco hay referencias profesionales que la acusen de nada malo ni la elogien por excepcional.

—¿Es todo?

—En ese terreno, sí. Queda algo que debes saber.

—¿Qué es ello?

—Lo de los helicópteros militares. He hablado con un miembro del Pentágono.

—Adelante, Jerome.

—En el condado de Madison se están acotando unas zonas montañosas por parte del Ejército, por motivos oficialmente no explicados, que hablan según rumores de una posible estación de seguimiento de satélites estratégicos.

—Ya he oído ese rumor aquí. ¿Qué hay de cierto en ello?

—Al parecer, no mucho. Los militares no sueltan prenda. Pero hay quien supone, con bastante conocimiento de causa, que puede existir en esa zona un gran yacimiento de uranio enriquecido de asombrosa pureza y calidad, que podría revolucionar la producción nuclear del

país. Se ha detectado su presencia, aunque parece no localizarse su emplazamiento exacto. Pero el Pentágono apostaría el cuello a que se encuentra en las estribaciones sudoeste de las Rocosas, cerca del Twin Bridges, junto al río Jefferson.

—Eso no dista más allá de treinta millas de Sheridan... —apuntó Brian, ceñudo.

—Exacto —suspiró la voz de Douglas—. Justamente la misma zona donde tiene montada la QWZ de Sheridan su antena emisora... Es terreno privado, propiedad de la compañía radiofónica *Madison County Broadcasting*. Si el coronel Chester Grabb, especialista del Ejército en esa investigación, y persona de confianza sin límites, no confirma las suposiciones de dicho hallazgo antes de fin de año, el Ejército perderá toda opción de búsqueda y adquisición, ya que el día primero de enero del año próximo, la empresa radiofónica edifica allí sus nuevas y amplias instalaciones, a todos los efectos. ¿Satisfecho, Brian?

—No lo sé. Pero la radio empieza a tener un extraño papel en todo esto...

—Brian, ¿algo nuevo sobre Moira Kelly? —había preocupación en la voz de Jerome.

—No, nada —rechazó vivamente Scott—. La policía local también la está buscando. Pero tengo pocas esperanzas... No dejes de llamar en cuanto sepas algo del número 305 de Great Falls, Jerome.

—No temas. Te informaré en el acto, sin perder un solo minuto. Ve al periódico local de Sheridan. Te remito allí fotografías por radio del mapa y folleto de Larkin.

Scott colgó, profundamente preocupado.

Luego, tomó la guía telefónica de Sheridan, y buscó el número y dirección de la QWZ y la *Madison County Broadcasting*. Cuando los localizó, los apuntó rápidamente en su agenda y se encaminó a la salida de la habitación del hotel.

* * *

—Mi nombre, señor Scott, es Gordon Shayne, gerente de la MCB y de la QWZ como emisora central, y única por el momento, de nuestra cadena radiofónica local.

—Es un placer conocerle, señor Shayne —Brian estrechó la mano fuerte del hombre vigoroso y muy rubio, con cabello lacio y facciones nórdicas, que le recibía en el amplio despacho acristalado de la empresa emisora instalada en la población, con oficinas céntricas en la zona comercial de Sheridan, aunque sus instalaciones y antena emisora se hallasen a varias millas de distancia de la ciudad—. Espero sepa perdonar la molestia que

puedo ocasionarle con mi visita..

—Oh, por favor, no se moleste —rechazó vivamente Shayne con un jovial ademán—. Veo que es usted funcionario del Gobierno, aunque no entiendo exactamente- qué problema puede tener mi empresa con la ley federal...

—No se trata de problemas, señor Shayne, sino simplemente de unas pequeñas averiguaciones sobre sus emisiones locales y algunos datos complementarios. Simple rutina, pero que debo cumplir como parte de mi trabajo.

—Bien, le escucho —tras invitarle a acomodarse frente a él, le estudió atentamente con sus ojos muy claros y perspicaces—. ¿De qué se trata exactamente?

—De una cuestión de ondas en transmisión. Como ve, un asunto muy de su incumbencia.

—En efecto —Shayne frunció el ceño—. Pero no veo el motivo...

—Señor Shayne, ¿qué zona cubre, exactamente, su emisora?

—Eso es muy relativo. La antena posee bastante potencia, y transmite a una amplia zona de Montana, sobre todo si no se interponen las cadenas montañosas, que siempre dificultan considerablemente la llegada de las ondas a los receptores.

—Pero creo que van a ampliar su emisora en breve...

—Bueno, la emisora es de nuestra propiedad, de la empresa que yo dirijo, pero los terrenos son del estado de Montana, hasta el primero de enero próximo, en que pasan a ser propiedad de la empresa emisora MCB, por acuerdo firmado previamente. Entonces, no sólo ampliaremos las instalaciones técnicas, sino que trasladaremos allí nuestros estudios, la emisión será más potente, y es posible que creemos una subsidiaria que cubra la zona sur de la región con una emisión especial emitida desde otra nueva antena a instalar. Todo eso son proyectos, por supuesto, dependientes de que el estado de Montana renuncie a reclamar sus terrenos por motivos de fuerza mayor.

—¿Qué motivos de «fuerza mayor» podrían ser éstos? —se interesó Brian.

—Bueno, no podemos hablar de ello —se mostró cauto Gordon Shayne—. Pero imaginé que usted, como funcionario del Gobierno, habría captado algún rumor, alguna filtración de confidencias al respecto...

—Creo tener una vaga idea —sonrió Brian enigmáticamente—. Pero el Pentágono y nosotros, aunque parezca lo contrario, no siempre vamos por el mismo camino...

—Veo que ya entiende la cuestión —rió suavemente Shayne con malicia—. Sí, señor Scott. Por ahí van las cosas. Por ello hasta

el primero de enero, todo son simples proyectos que dependen de una u otra cosa.

—¿Usted cree que sus terrenos poseen... algo valioso que supere los intereses de su Emisora?

—Personalmente, no lo creo. Puede que haya un pequeño yacimiento de algo, pero eso no compensaría de los gastos, instalaciones oficiales y los perjuicios causados a la emisora y, por tanto, al propio estado de Montana.

—Pero los servicios del Ejército habrán captado algo especial...

—Es lo que dicen algunos expertos. Otros ya están en claro desacuerdo. El coronel Chester Grabb, un especialista, niega rotundamente por el momento la existencia de nada positivo aquí. Y parece que en Washington empiezan a creer en su palabra y en la del ingeniero de minas del estado de Montana, Malcolm Cave.

—¿Ambos están en Sheridan?

—Los puede encontrar en una supuesta oficina de Estudios Energéticos del Medio Oeste —asintió riendo Shayne—. En el centro mismo de Sheridan, señor Scott. Naturalmente, es un centro oficial del Ejército, se disimule como se quiera.

—Es muy amable. Dejemos ese tema ahora. Y hablemos sólo de la radio por sí sola. ¿Es muy escuchada en esta región la QWZ?

—Puede decirse que nadie escucha otra. E incluso en otros estados de Montana la sintonizan habitualmente, sobre todo por sus excelentes programas musicales. Estamos estudiando también montar una emisora local de televisión, pero eso es a más largo plazo, y depende fundamentalmente de cómo funcione la nueva emisora ampliada... si llega a montarse realmente.

—¿Es lo bastante potente para no sufrir interferencias en tan amplia zona de escucha?

—Ah, las interferencias... —suspiró Shayne con un encogimiento de hombros—. Sepa que no siempre proceden de potentes emisoras mejores que la nuestra, sino que en ocasiones se entrecruzan emisiones no autorizadas, que no figuran en control radiofónico alguno. Es decir, emisiones clandestinas o piratas.

—Vaya... —se sorprendió Scott—. ¿Hay emisoras piratas en el condado?

—No sé si en él, o fuera de él. Si es un aficionado, tiene que hacerlo por estos alrededores, o no podría interferir nuestros programas. Pero si no lo es, depende de su potencia emisora y de emplazamiento.

—¿Cuál es su opinión profesional al respecto?

—Que está cerca y es, además, demasiado potente para un

simple aficionado.

—¿Algún indicio sobre su emplazamiento exacto?

—No, no. Cambia frecuentemente de origen y de orientación. Yo diría que se mueve, que actúa sobre una emisora móvil, con antenas en alguna zona estratégica.

—¿Y con qué motivo haría nadie eso?

—No lo sé. No adivino el beneficio de tal sistema. Tal vez un chiflado con medios económicos suficientes...

—¿Tiene horas concretas de interferencia?

—No, no. Pero surge con mayor frecuencia en las horas matinales y de la noche. Digamos que entre nueve y once de la noche, y siete y ocho de la mañana, habitualmente. Pero a veces surge también a otras horas, esporádicamente.

—Gracias por todo, señor Shayne, ha sido muy amable —sonrió Brian, poniéndose en pie—. Imagino que emitirán mensajes comerciales y cosas así...

—No, no. Eso es lo raro, lo que me hace pensar en un aficionado extravagante, señor Scott —resopló Shayne con gesto malhumorado—. Interfiere nuestros programas musicales, con preferencia «Música al despertar» o «Soñar con música», introduciendo melodías de su propia cosecha.

—¿Sin palabras?

—Que yo sepa, sin palabras. Nunca oímos la voz de un locutor o locutora. ¿Por qué pregunta eso?

—Simple curiosidad —volvió a estrechar la mano de Gordon Shayne—. Ha sido muy amable, señor Shayne, se lo repito. No volveré a molestarle. Al menos, eso espero...

Abandonó las oficinas de la QWZ y la Madison County Broadcasting. Una sombra nublaba su rostro.

Era una sombra de preocupación, de sorpresa y desconcierto. Pero también de cierta esperanzada sospecha.

Su siguiente paso, fue dirigirse al depósito de cadáveres de Sheridan, donde reposaban los cuerpos de los hombres muertos en el hotel aquel día. Habló con el médico forense de guardia, y éste asintió, tras mirarle con perplejidad.

Se encaminó después al hotel, para saber si había novedades. No sabían nada de Moira, pero el *sheriff* había llamado repetidas veces, preguntando por él, y un comisario suyo había estado allí a verle. Brian Scott llamó por teléfono a la oficina del representante de la ley local, y un comisario le dijo que el *sheriff* no estaba, ni sabía nada al respecto, rogándole que llamase media hora más tarde.

Oscurecía ya. Brian se encaminó a las oficinas de los Estudios Energéticos del Medio Oeste, instalados en el centro mismo de la

ciudad, no lejos del Ayuntamiento local, para aprovechar esa media hora en blanco. Ya estaba oscureciendo, y las luces brillaban en las calles de Sheridan, así como los escaparates de las tiendas.

Malcolm Cave resultó ser un hombretón sólido y joven, con chaquetón de cuero forrado de piel y aire de vaquero típico del Oeste. Un «Stetson» gris colgaba de una percha, calzaba botas de montar, y sólo le faltaba el caballo y el lazo para componer una tradicional estampa ganadera del típico Oeste americano.

Sin embargo, era ingeniero de minas y trabajaba para el Gobierno del estado de Montana en calidad de tal. Tenía una ancha sonrisa, pero su expresión era dura y sus ojos estrechos y grises miraban con frialdad y detenimiento a su interlocutor mientras hablaba.

—Es un placer conocerle, señor Scott —manifestó—. Pero, como puede comprender, no puedo hablar con usted cosa alguna sobre eso que me ha preguntado. Oficialmente, no hay nada relacionado con minas de uranio enriquecido.

—Si las hubiera, tampoco lo diría, lo sé. Pero puede ser importante saber si, en realidad, usted considera factible hallar aquí, en este condado, lo que cree el Pentágono...

—Mi querido señor Scott, el Pentágono sólo creará lo que el coronel Grabb y yo le notifiquemos —rió el hombretón jovialmente—. Nuestro informe es fidedigno y de toda confianza, si es eso lo que pone en duda. Nadie puede sobornarnos cuando los intereses de la nación están por encima de todo.

—No pensaba en sobornos, señor Cave —suspiró Brian, recorriendo con la mirada el estudio de trabajo del ingeniero, con sus tableros, planos, mapas, instrumental de medición, banco de análisis de pruebas minerales, un estante con botellas de whisky y de brandy, un pequeño frigorífico, una radio a transistores en un rincón, y un televisor portátil en otro—. ¿Dónde podría ver al coronel Grabb lo antes posible?

—Aquí, amigo —dijo una voz poderosa y ronca detrás suyo.

Se volvió. Ciertamente aquel hombre que acababa de entrar en el estudio del ingeniero, sólo podía ser un militar.

Canoso, alto, arrogante, fibroso y esbelto, con rígida espalda, bigote frondoso muy blanco, tez curtida y rugosa, ojos perspicaces y expresión altanera, sólo necesitaba el uniforme para ser la viva imagen castrense. Aun con su traje de *sport* y su gabardina oscura, seguía siendo un perfecto soldado.

—¿Coronel Grabb? —preguntó.

—Yo mismo, señor —afirmó el militar—. Acabo de ver al señor Gordon Shayne, de la emisora de la radio local. Me habló de

usted, y me dijo que seguramente intentaría visitarnos en breve. Veo que no se equivocó. Trabaja para el Gobierno, ¿no?

Se estrecharon la mano, mientras Brian Scott asentía. —Soy un funcionario civil —explicó—. Pero al servicio de Washington, como usted. Espero que civiles y militares, por una vez, trabajemos de acuerdo en algo que afecta por igual a nuestro país, coronel Grabb.

—Por supuesto. No soy unos de esos militares que detestan cordialmente a los civiles —rió de buena gana—. Señor Scott, colaboremos en todo. ¿Qué busca en Sheridan, exactamente?

—Tal vez lo mismo que usted —sonrió Scott—. Uranio enriquecido en grandes cantidades, capaces de desequilibrar la carrera de armamento nuclear, incluso por encima de los yacimientos de los Urales que posee la Unión Soviética.

—Ya —el coronel le miró. Luego, soltó una carcajada, sacudiendo su noble cabeza canosa—. Mi querido amigo, supongo que seré de toda confianza para usted, lo mismo que mi compañero de investigaciones, el ingeniero Cave...

—Sí, lo es, coronel. Tengo las mejores referencias tuyas. Es persona de absoluta confianza en Washington, tanto para el Pentágono como para el Gobierno Federal.

—Son muy amables —suspiró el veterano militar—. Pero yo procuré siempre no defraudarles, amigo Scott. Tampoco esta vez lo haré. Sé, como usted habrá oído rumorear, que muchos piensan en un manantial de poder atómico aquí, en las Rocosas, en el condado de Madison. Por desgracia... no hay nada de nada.

—¿No? —Brian enarcó las cejas.

—En absoluto, Scott —corroboró el ingeniero Cave, dando mecánicamente vuelta al dial de la radio, que empezó a emitir música nostálgica, de Glenn Miller—. Hemos revisado y analizado a fondo la zona que el estado de Montana vendió condicionalmente a la empresa de radio del condado. No hay apenas uranio. Ni una cantidad que justifique mover esa tierra un ápice, puede creerlo.

—Si ustedes lo dicen, debo creerlo. Pero si detectaron radiaciones...

—Se detectaron por una razón muy sencilla —resopló el coronel—. Unos residuos atómicos de una determinada zona estratégica, fueron sepultados cerca de ahí hace un tiempo, en cajas de metal y hormigón. Alguna grieta en una de ellas, liberó un índice radiactivo superior al normal. Ya se subsanó eso, gracias a un equipo nuestro, y ahora ya no se detecta radiactividad especial alguna. La investigación ha sido un fracaso. La próxima semana regreso a Washington con el informe. ¿Complacido, señor Scott?

—Sí, gracias —asintió Brian, pensativo—. Supongo que no hay lugar a error posible...

—Ni el más mínimo —rechazó Cave—. El coronel le ha dicho la pura verdad.

Brian asintió. Glenn Miller seguía sonando en la pequeña radio. El federal caminó hacia la salida, comentando entre dientes.

—Ha sido un placer conocerles, caballeros. Feliz audición musical.

Y cerró tras de sí. El coronel y el ingeniero, se miraron, sin entender las últimas palabras de Scott, aparentemente.

CAPITULO VI

No necesitó volver a llamar.

Cuando llegó al hotel nuevamente, el *sheriff* Mallory estaba allí, esperándole, hojeando una publicación ilustrada en el puesto de cigarrillos y prensa del vestíbulo. Dejó la revista en el estante, y fue hacia él con pasos lentos y pesados.

—Estuve buscándole durante un rato. Me dijeron que volvería pronto, y decidí esperarle esta vez —manifestó gravemente.

Brian Scott le miró, aprensivo. Su pregunta surgió tensa, con temor:

—¿Sabe..., sabe algo de la chica, de Moira Kelly?

—No mucho —suspiró. Hurgó en un bolsillo. Extrajo algo que tendió a Brian—. ¿Conoce usted, esto, señor Scott?

Brian la tomó de la recia mano del Hombre de la ley. Examinó aquel pequeño objeto circular y oscuro, de suave tacto. No le era difícil identificarlo.

—Un botón —jadeó—. Del traje de Moira Kelly...

—Es lo que me pareció. Idéntico al que usted me mostró anteriormente —suspiró el *sheriff* Mallory.

—¿Dónde lo encontró?

—En un camino sin salida, al sur de Sheridan. Es una vieja carretera vecinal en obras. A su término, a menos de media milla de la entrada, una valla cierra todo paso posible. Luego sigue un barranco profundo, al que ningún coche podría bajar salvo cayendo fatalmente en él. El suelo del sendero está embarrado y tiene huellas de coches que entraron y salieron de allí, por mala señalización o a causa de la mala visibilidad reinante anoche en la zona, aunque por fortuna para ellos, el indicador final que advierte del término de la ruta y del consiguiente peligro, es reflectante y está sólidamente asegurado en tierra, para evitar accidentes trágicos. Eso hace difícil, sin embargo, seguir la pista a neumático alguno.

—Pero el botón estaba allí... Y hoy ya no llovía cuando tuvieron que llevarla a ese punto, *sheriff*...

—Es igual. Eso tarda mucho en secarse. Resultaría difícil distinguir unas huellas de otras, Scott. Lo único cierto es que los raptos entraron y salieron de allí con ella, a juzgar por el botón. Eso debe significar que quienes se la llevaron no son de esta región, porque en otro caso conocerían el detalle de la carretera cortada.

—No estoy yo tan seguro de eso, *sheriff* —dudó Brian Scott, ceñudo.

—¿Por qué, sabiendo que se metían en un lugar sin salida posible, iban a hacerlo, llevando consigo a la chica? —se extrañó Mallory.

—No lo sé. Pero habría que intentar averiguarlo. ¿Puede indicarme el sitio exacto donde ello sucedió, *sheriff*?

—Por supuesto —asintió el representante de la ley, extrayendo de otro estante de la librería del hotel un plano de la comarca, que extendió sobre una mesa, señalando rápidamente con un dedo firme y rígido—. Es aquí exactamente, Scott. ¿Lo ve bien?

—Sí —asintió Brian, contemplando el punto. Luego, sus ojos contemplaron una carretera más amplia, la situación de la ciudad de Sheridan y, finalmente, se irguió, diciendo gravemente al hombre de la ley—: Por lo que veo, a sólo media milla de la clínica quirúrgica del doctor Ellery...

Sorprendido, Elmer Mallory afirmó con la cabeza, mirando a Brian Scott con ojos que revelaban evidente desconcierto.

—Sí —admitió—. Exactamente, Scott... ¿Por qué lo dice? —No, por nada —fue la evasiva respuesta de Brian Scott.

* * *

El funeral por Paul Larkin había terminado.

Fue una sencilla ceremonia a la que, desgraciadamente, no podía asistir Moira Kelly, desaparecida en Sheridan el día anterior. Brian, mientras permanecía junto a Jeff Larkin en pie, ante la tumba donde Larkin iba a reposar para siempre, en el pequeño y frondoso cementerio de Park City, pensaba más en ella que en el difunto a quien iba destinada la despedida emotiva del reverendo.

Después de todo, los muertos ya no volvían a la vida, ni era posible hacer por ellos otra cosa que rezar y recordarlos. Pero si Moira aún vivía, era preciso hacer algo por ella. Y hacerlo pronto. Saber que estuvo de alguna forma en una carretera cegada, sin salida posible, donde pudo dejar otro botón suyo como rastro, siguiendo el viejo ejemplo de un cuento infantil, no resolvía nada. Esa carretera no conducía a ninguna parte. Pero ella sí tenía que estar en un sitio. En uno concreto, el que fuese.

¿Cuál?

Al abandonar el cementerio de Park City, tras despedirse del primo de Larkin, que volvía a Helena, sus pensamientos vagaban muy lejos de esta pequeña población de Montana adonde había regresado en el helicóptero de los Servicios de Inteligencia del Gobierno que antes le trasladara a Sheridan, y con el que pensaba regresar inmediatamente a

esa ciudad, aunque no sin antes hacer un nuevo alto en otro punto de la ruta.

Ese punto era próximo a Park City.

Era el motel donde hallara la muerte Paul Larkin, tras dejar a Moira en Livingstone, salvando quizá justo a tiempo su vida.

Cuando descendió del helicóptero y se encaminó al motel, el cielo estaba nublándose de nuevo, y los boletines meteorológicos presagiaban lluvias inmediatas. Un húmedo viento frío agitó sus cabellos al descender y cruzar un amplio prado, en dirección al edificio situado al borde la carretera.

El gran vidrio roto por Larkin había sido repuesto en su sitio, y ocupaba el ventanal, como si nada hubiera ocurrido. Pero allí había muerto un hombre, y eso era lo que importaba. Durante su visita a Park City para los funerales, había vuelto a hablar con el forense, preguntándole algo relativo a la autopsia de Larkin, y un nuevo indicio se había unido a los que ya obraban en su poder, como piezas sueltas de un *puzzle* diabólico: Larkin poseía tras su oreja izquierda, incrustado en su cerebro, un pequeño adminículo de plástico, parcheando la que, sin duda, había sido una lesión craneal acaecida quizá durante la guerra o en un accidente, muy pequeños, pero evidente prueba de que alguna vez le habían intervenido en el cráneo para ambos parches, aparte otra vieja lesión craneal reparada con una placa de plata.

Entró en el motel pensando en todo eso. Una camarera atendía la barra. Se sentó en ella, pidiendo café. La muchacha se lo sirvió. No había gente en el local a estas horas. Sobre una repisa, una pequeña radio emitía músicaailable. Reconoció la voz del locutor como la del perteneciente a la QWZ de Sheridan. La audición en aquel punto era francamente buena, libre de parásitos e interferencias.

—Creo que ocurrió aquí una buena hace poco, ¿no? —comentó como al azar, mientras daba vueltas a su café distraídamente.

La camarera le miró enarcando las cejas.

—¿A qué se refiere? —indagó.

—Un tipo que destrozó los vidrios y se mató —siguió Brian—. Me lo contaron en Park City...

—Dígamelo a mí —suspiró la camarera—. Esa noche tenía yo servicio nocturno y me tocó presenciarlo todo. Pobre hombre... Debí volverse loco de repente. Empezó a gritar, se puso amoratado, con el rostro descompuesto... Y se tiró contra la vidriera, destrozándola por completo. Cuando salimos a ayudarle, estaba muerto. Pero no se mató en el choque, como creíamos todos. Al parecer sufrió un ataque cerebral. Eso debió ser cuando gritaba.

—Sin duda. Ocurre muchas veces. La vida actual produce siempre trastornos así —comentó Brian Scott con tono trivial—. Seguro que también se tapaba los oídos, como si no quisiera oír ruidos que sólo él percibía, ¿no?

—Ya lo creo —asintió ella vivamente, inclinándose hacia él—. Si llega a ver cómo apretaba sus orejas con ambas manos, mientras gritaba cosas sin sentido...

—Yo he vivido una vez algo parecido. ¿Qué clase de cosas decía el pobre hombre?

—Bueno, ya le digo que no significaban nada concreto. Algo así como que no podía más, que parase esa maldita música, que apagaran la radio... Y chillidos agudos, como desesperados...

Los ojos de Brian Scott brillaron. Se clavaron en la radio.

—¿Estaba abierto el receptor entonces? —preguntó.

—Claro. Como lo está ahora —meneó la cabeza la joven camarera—. Nunca lo pongo demasiado alto. Daban músicaailable, bastante suave... Ya le digo que no tenía sentido lo que dijo. Sólo él parecía oír esa música que le volvía loco.

Brian Scott no dijo nada. Pagó su consumición, dejó una generosa propina y abandonó el local, encaminándose de nuevo al helicóptero que le aguardaba para continuar viaje. Iba profundamente pensativo. Como si las palabras de aquella camarera le hubiesen dado la confirmación a algo que rondaba por su cabeza y que no quería admitir.

Ya en Sheridan pasó por la oficina del *sheriff*. Elmer Mallory no estaba allí, pero un comisario suyo le informó que todo seguía igual. Moira no aparecía. Ni viva ni muerta, lo cual era, dentro de lo malo, lo menos grave que podía suceder. Tampoco había pedido nadie rescate por ella, ni cosa parecida.

No fue al hotel. En vez de ello, se encaminó a una cabina pública y llamó a las oficinas de la supuesta agencia artística de Nueva York, por si Jerome Douglas había hecho alguna llamada allí.

Estuvo acertado. Jerome, tras varios intentos por localizarle en Sheridan, se había comunicado con la oficina central, para dejarle un mensaje. Este era esperanzador.

Había encontrado el 305 de Great Falls.

Su compañero de la oficina de los servicios secretos federales, le informó de que Douglas, finalmente, había dado con una casa de empeños en Great Falls, donde un hombre que respondía a la descripción de Paul Larkin dejara empeñado un objeto, con el número 305 de registro. La papeleta con tal número había sido hallada posteriormente entre las pertenencias de Larkin en Nueva York, por un agente federal, pero Douglas, gracias a su condición

de agente del Gobierno, no la había necesitado en Great Falls para obtener del prestamista el objeto en cuestión.

Este era una pitillera de oro, con encendedor, y el nombre de Paul Larkin grabado en su interior. Douglas había examinado minuciosamente la pitillera, dando con unas palabras grabadas igualmente en el interior, pero con un tamaño casi invisible, a menos que se utilizara una potente lente de aumento.

Esas palabras eran solamente dos: *melodía* y *ultrasonido*. Nada más.

Brian Scott dio las gracias a su compañero de Nueva York y colgó. Con el rostro ensombrecido y los ojos centelleantes, salió de la cabina telefónica, se dirigió a un taxi y le indicó que le condujese a la carretera sin salida, cercana a la clínica quirúrgica del doctor Ellery.

* * *

Recorrió de nuevo el lugar.

Era un sitio inaccesible, más allá de la valla de pintura reflectante donde se indicaba claramente que allí terminaba la carretera por causa de unas antiguas obras interrumpidas, tras un derrumbamiento de terrenos. Un profundo terraplén terminaba en un lecho de abruptos peñascos y matorrales. Cruzar aquel punto con un coche, significaba desplomarse en una caída mortal.

—Nadie entra por aquí, a menos que sea un forastero y el viento haya podido derribar o cambiar de posición el indicador de la confluencia de carreteras —le explicó el taxista—. Es un camino que, como ve, no conduce a ninguna parte.

—A ninguna parte... —Brian Scott contempló, ceñudo, el vacío. Se preguntó adónde había sido conducida Moira Kelly, si estuvo allí previamente alguna vez. Abajo, no se descubrirían rastros de cuerpo alguno despenado. Y ahora era pleno día y la visibilidad muy buena, pese al cielo nublado.

—Ni siquiera se puede bajar a pie —añadió el taxista que, como todos los de Sheridan, parecía ser muy locuaz con sus viajeros—. Si alguien intenta descender ese barranco por su propio pie, corre el riesgo de romperse la crisma, a menos que sea todo un alpinista, señor.

Brian asintió. El sabía lo suficiente de montañismo para advertir que la pendiente era demasiado empinada para bajarla a pie con seguridad. Lo más fácil, dado lo inseguro de las piedras

que formaban la ladera, era que éstas se desprendiesen y dieran con el temerario en el fondo, de modo irremisible. La caída desde aquella altura, no ofrecía demasiadas posibilidades de salvación.

—Pero entonces, ¿por qué? —habló consigo mismo, recorriendo el borde de la carretera sin salida—. ¿Por qué vinieron hasta aquí con ella, si son gente de este lugar, y no la arrojaron abajo? ¿Pretendían asustarla o existe otro motivo menos claro para desplazarse hasta un lugar que no tiene continuidad posible?

Ciertamente, el barranco no parecía propicio a darle respuesta alguna por el momento. Una última ojeada al mismo, fue todo cuanto pudo hacer antes de volver al taxi e iniciar el regreso a la población. Durante el camino ni siquiera hizo caso de la verborrea del taxista, sumido en sus sombríos pensamientos.

Entró en un pequeño restaurante céntrico a comer, y se encontró allí en una mesa con el coronel Chester Grabb y el ingeniero de minas Malcolm Cave. Ambos le saludaron cordialmente, invitándole a sentarse a su mesa.

Brian aceptó complacido, pidiendo los platos que, según ambos hombres, eran auténtica especialidad de la casa.

—Y bien, amigo Scott, ¿cómo andan las cosas del Gobierno por ahora? —bromeó el coronel afablemente.

—Como siempre. No demasiado bien —rió Brian con buen humor aparente.

—¿Les ha informado ya de las nulas posibilidades de que nuestro país supere a los rusos en reservas de uranio de primera calidad? —interrogó risueñamente el ingeniero Cave, hincando el diente a un sabroso plato de caza, muy propio de aquellas regiones.

—Sí, lo hice. No les causó demasiada gracia, la verdad.

—Lo imaginaba —también el ingeniero rió jovialmente—. La gente de Washington ve siempre las cosas con demasiado optimismo. Y no sólo el Gobierno, no. El Pentágono también creía inicialmente que esto iba a ser una especie de utópica reserva de material radiactivo. El coronel también ha tenido que quitarles eso de la cabeza. Y tampoco les gustó, lógicamente.

—El error estuvo en los anteriores expertos que visitaron esta zona —comentó el militar con cierta acritud—. Se dejaron deslumbrar por indicios falsos.

—Y supongo que les sustituyeron por personas como usted, coronel, más realistas y experimentadas en el asunto —apuntó Brian con tono trivial.

—Esa fue la decisión de los mandos militares, pero por desgracia no fue preciso que yo viniera a desengañarles y devolverlos a

Washington. Los infortunados, en su recorrido de la zona, se aventuraron en un punto peligroso, y fueron a parar a un abismo donde se mataron. Nos costó bajar a recuperar los cadáveres y el coche destrozado, créame.

—Por fuerza tuvieron que volverse locos para sufrir un accidente así —juzó con pesar el ingeniero Cave—. Se arriesgaron por un sendero en la montaña que es sumamente difícil, y más en un día de lluvia como aquél. Debieron patinar en la dura roca, yéndose al fondo...

Brian Scott no comentó nada. El camarero le sirvió su almuerzo, mientras el coronel añadía, con un suspiro:

—Entonces llegamos aquí el capitán Sam Preston y yo, para completar los trabajos. Por desgracia, no pudimos confirmar ninguna de las conclusiones de nuestros antecesores en la tarea.

—¿El capitán Preston? No lo he visto con ustedes aún...

—Oh, él sufre ahora una pequeña dolencia y está hospitalizado. Nada de particular, según parece. Algo del oído, seguramente una infección. Creo que hoy o mañana le hacen una pequeña intervención quirúrgica, y todo queda resuelto.

—¿En la clínica del doctor Ellery? —preguntó Brian como al azar.

—Oh, ya veo que conoce bien este lugar para ser un forastero —rió el ingeniero Cave, asintiendo—. Sí, allí está ahora el capitán Preston. Pero no le atiende el doctor Ellery, porque no es nada cerebral, por supuesto. La doctora Wheeler es la doctora y cirujana que atiende cosas así. Una guapa doctora, sí, señor. No me importó enfermar cuando ella me atendió.

—¿También usted enfermó estando en este trabajo? —se interesó Scott volviéndose al fornido ingeniero—. Creí que Sheridan era un lugar saludable de clima...

—Y lo es —meneó afirmativamente su cabeza el joven ingeniero de minas—. Mi asunto fue también muy leve, amigo mío. Cosa de nada. La doctora me atendió un par de veces, y asunto arreglado. Sufrí una caída absurda, y me tuvo que poner unos puntos, eso fue todo.

—¿Una caída?

—Sí, algo de lo más tonto. Perdí el pie en las rocas, en el lugar donde habitualmente obteníamos muestras. Alguien debió derramar allí grasa al caérsele algún recipiente, y yo sufrí las consecuencias. Por supuesto, nada grave.

—Supongo que usted, coronel, no habrá tenido también necesidad de médicos en Sheridan —rió Brian Scott, contemplando al militar con expresión divertida.

—Pues supone mal, amigo mío —gruñó el coronel Grabb arrugando su canoso ceño—. Apenas llegado aquí, mi *jeep* tuvo un encontronazo con un camión. No fue gran cosa, pero me conmocioné y me llevaron a la clínica del doctor Ellery. No necesité grandes cuidados. La doctora

Wheeler me dio el alta en dos horas, tras examinarme a fondo.

—¿Sin heridas?

—Buenos, leves rasguños y golpes. Unos cuantos apósitos y desinfectante lo resolvieron todo.

—Entiendo, coronel. Y espero no ser otro de los clientes de la bonita doctora Wheeler —sonrió Brian, atacando su plato de comida con apetito. Y, sin levantar siquiera los ojos del plato, pero muy atento a la posible reacción de sus dos compañeros de mesa, comentó de repente —: Estoy seguro de que el capitán Preston y usted tienen desacuerdos serios sobre esos hipotéticos yacimientos de uranio en el condado de Madison.

El coronel pegó un respingo en su asiento, y el ingeniero Cave le clavó una mirada de estupor, dejando caer el cuchillo en su plato con un brusco tintineo.

—Diablos, ¿cómo lo supo? —refunfuñó el militar, perplejo.

—Sí, parece cosa de brujería —corroboró Cave—. ¿Es que conoce al capitán?

—Conocí a un capitán Preston en Washington una vez —rió Brian, saboreando el plato de caza jovialmente—. Y era un hombre capaz de llevar la contraria a todo el mundo. Seguro que es la misma persona...

Había mentido fría y deliberadamente. Sus dos compañeros de mesa se tranquilizaron. El coronel, incluso, añadió con brusquedad, al asentir:

—No puede ser otro, seguro. A Preston le ha dado por dudar de nuestra experiencia y conocimientos en esta materia, y sostiene que él ve indicios de una posible existencia de uranio en la zona... Algo absurdo, como comprenderá...

—Sí, desde luego —asintió Brian, distraído—. No hay duda de que se trata del mismo capitán Preston...

Sus sospechas estaban empezando a tomar forma. Una forma extraña y tenebrosa que no le gustaba lo más mínimo. Pero que, a estas alturas, sólo existía ya un modo de comprobar.

Y ese modo sólo podía estar en un sitio: la clínica de doctor Ellery y la doctora Wheeler.

O la carretera sin salida.

CAPITULO VII

La carretera sin salida.

Vista ahora, en el oscuro atardecer lluvioso, con el agua mojando insistentemente el asfalto de las rutas generales y la tierra removida y blanda de aquel camino cegado por el indicador reflectante, aún resultaba más peligrosa e inquietante.

Sola, apartada de todo, sin edificios cercanos, sin vehículos que se adentrasen por ella, era como un reducto de sombras y de peligros, al que solamente él se aventuraba a llegar. Esta vez no había utilizado un taxi, sino un coche alquilado que él mismo condujo hasta allí.

Los faros del vehículo derramaban su luz sobre el rótulo reflectante, que despedía luminosidad fluorescente, roja y amarilla. Más allá, las tinieblas del barranco pedregoso y profundo, con la ladera casi cortada a pico de tan empinada que era. Un abismo de oscuridad y de muerte.

Recorrió toda la anchura de la carretera por dos veces. Revisó los montones de peñascos y los matorrales de ambos lados, así como los abetos que se alzaban en sus cunetas. Por allí era imposible desplazarse o buscar un camino. Solamente cabras montesas o animales salvajes habrían podido moverse en tal terreno, pero no los hombres. Y menos aún ninguna clase de vehículo.

Sin embargo, Moira Kelly había estado allí en algún momento. Con sus captores.

¿Por qué y para qué?

No logró dar con ningún otro botón azul marino, forrado en tela. Hubiera sido demasiada fortuna, pensó. Moira no tenía tantos botones como Pulgarcito tuvo migas de pan. Trató de recordar la indumentaria de Moira. Dos botones en la chaqueta de hechura de sastre. Si no había algún otro en la falda o en las mangas, se habían terminado las pistas dejadas por la astuta muchacha.

Miró a la distancia con unos pequeños binoculares que había adquirido en Sheridan al salir esta tarde de exploración. Las luces de la clínica del doctor Ellery, a menos de media milla, sobre el fondo oscuro de la ladera de una montaña, eran bien visibles desde allí. Parecían el único lugar habitado del contorno. Al lado opuesto, tras un bosquecillo de coníferas, el resplandor suave de las luces urbanas de Sheridan, se reflejaba en las bajas nubes de lluvia.

Brian Scott se mordió el labio inferior. Sus ojos volvieron a recorrer la carretera vecinal sin salida, las cunetas pedregosas, el oscuro vacío, el largo cartel reflectante, situado ante la hondonada, como aviso al automovilista equivocado...

El cartel.

Fue como un repentino trallazo de luz en su mente. Clavó los ojos en la superficie rectangular, amplia, que cubría toda la carretera, con su superficie de pintura fluorescente y sus soportes de hierro empotrados en el suelo fangoso.

—El cartel... —susurró—. ¡Eso es! Lo tuve siempre delante de mí y no se me ocurrió...

Avanzó decidido. Esta vez no se detuvo delante del cartel, sino que escaló las piedras, laterales, rodeándolo. Se encontró en una angosta orilla asomada al abismo, más allá de la rectangular pieza de metal donde se trazara el aviso de carretera cortada.

Y lo vio.

Sus ojos centellearon. La lluvia le mojaba el rostro, cayendo racheada a causa de unas ráfagas de aire frío, pero no le importó.

Acababa de descubrir el misterio del camino sin salida.

Realmente, esa carretera cortada sí conducía a alguna parte. Moira, al dejar allí su segundo botón, lo había dicho bien claramente, sin que él lo entendiera hasta entonces.

El gran cartel metálico impedía ver la verdad. Era el factor con el que jugaban los secuestradores de Moira Kelly. Y todas las personas que utilizaban aquel camino para ir a un determinado lugar, fuese éste cual fuese.

Justamente en el recodo rocoso que formaba la carretera, a su derecha, sobre la barranca cortada a pico y a un lado de la ruta, se abría aquel hueco negro, tras unos matorrales que no bastaban a ocultar la presencia de la cueva.

Entre la carretera y la cueva no existía, en realidad, terreno alguno para pisar. Era preciso saltar en el vacío para alcanzarla. O colgarse de esos matorrales, con todos sus riesgos. Posiblemente los que conocían el camino, utilizarían en su viaje al misterio otros métodos más seguros, como cuerdas o escarpas para seguir ese camino sobre el abismo. Pero él no tenía nada de ello.

Cierto que podía volver a Sheridan en busca de material y ayuda. Pero cuanto antes localizase el paradero de Moira, tantas más probabilidades tendría de rescatarla con vida. Si es que aún vivía...

Probó fortuna, pese a que la lluvia hacía más peligroso aún el empeño, a causa de lo resbaladizo del terreno. Se aferró a las rocas con ambas manos, y avanzó justo hasta el borde mismo de la carretera cortada en el vacío. Luego, se adelantó, y sus pies perdieron contacto con el suelo firme.

Colgó en el abismo, y su mano derecha se desplazó, aferrando los matorrales. Estos eran fuertes y resistentes, muy empotrados en la piedra. Aun así, oyó crujir peligrosamente el hacinamiento

rocoso de la pared. Si se desprendían piedras y matas, la muerte sería un hecho para él.

Péndulo sobre el vacío, avanzando las escasas yardas que le separaban de la boca de la cueva. Nuevamente se soltó con una mano, aferrando otra rama que resistió, entre chasquidos alarmantes.

Por fin, con un suspiro de alivio, puso las punteras de sus zapatos en el borde mismo de la oquedad, y luego tomó impulso, lanzándose a su interior. Su cuerpo se proyectó dentro de la cueva. Y rodó por una ladera en sombras, hacia un fondo que, quizá, también significaba lo peor.

La caída, sin embargo, pronto quedó frenada. El leve terraplén se detenía ante unos peldaños tallados en la piedra. Los tanteó, sin atreverse a encender sus fósforos. La oscuridad allí era total. Del exterior, llegaba el sordo rumor de la lluvia.

Brian Scott se incorporó. Tanteó ante sí, escalón por escalón. Tocó tierra dura y húmeda, fría como el hielo. El sol nunca debía de penetrar allí. El aire olía a humedad y moho.

Tres escalones, contó. Los subió uno a uno, agazapado. No podía ser de otro modo, porque su cabeza golpeaba la bóveda de la caverna. Avanzó, sin saber hacia dónde. Cuando hubo pisado una superficie tersa, se decidió a encender un fósforo, que protegió con la otra mano. La débil y vacilante llama le reveló muros rezumantes de humedad, un largo túnel excavado en la roca viva, y un final que no se podía adivinar, más allá del recodo que vislumbró en la distancia.

—¿Adónde diablos conducirá esto? —se preguntó entre dientes, comenzando a andar de modo resuelto.

En su bolsillo llevaba su arma reglamentaria, pero no la empuñó todavía, porque no creía que allí hubiese, de momento, vigilante alguno. El camino era demasiado difícil y oculto para que pensarán en protegerlo con gente armada.

Paso a paso, llegó hasta aquel recodo. Más de cincuenta yardas de distancia recorridas, lenta y cautelosamente, sin correr riesgos inútiles. Encendió otro fósforo. Y otro más...

De pronto, clavó los ojos en el suelo. Se inclinó. Sus dedos tomaron algo que había sido aplastado con un tacón contra el terreno, para disimular su presencia lo más posible.

El tercer botón.

Era más pequeño, pero igualmente forrado en tela azul marino. Sin duda un botón de la manga. Moira seguía dejando rastros de su camino. Estaba sobre la pista.

Tras el recodo había otro más distante. Luego, una larga recta, nuevos escalones y un tercer recodo. La cueva era de largas proporciones. Sin duda, alguna vez, en el pasado, había sido una

mina de algo. Probablemente databa de los tiempos heroicos de Montana, cuando aquello formaba parte de un Oeste salvaje y en periodo de colonización.

Por fin, la cueva le presentó un final. Brian apagó con rapidez la llama del fósforo. Se quedó quieto, y su mano buscó la culata del arma.

Frente a él había una puerta metálica empotrada en la roca. Y ésa no era antigua. Sin duda muchísimo más moderna que el resto de la cueva misteriosa.

Algo le decía que estaba llegando al final del camino. Que pronto iba a despejarse parte de la incógnita que rodeaba la muerte de Paul Larkin, del hombre que intentó robarle la radio rota, de dos expertos del Ejército de los Estados Unidos despenados misteriosamente tiempo atrás..., y de muchas otras cosas, como la desaparición de Moira Kelly y una clase de locura que conducía a los hombres a la muerte por derrame cerebral.

Tal vez allí, tras aquella puerta, estaba la explicación de todo.

Brian Scott se aproximó paso a paso a la hermética hoja de metal, arma en mano. Cuando la hubo alcanzado, la tanteó con la palma de su mano, lentamente. La puerta, como esperaba, no cedió. Hubiera sido demasiada fortuna. O la existencia de una trampa mortal.

Tanteó la existencia de una cerradura y los remaches y goznes de la puerta. Notó que estaban perfectamente engrasados para no producir ruido al ser accionados. Fuese lo que fuere lo que había al otro lado de la puerta, era obvio que se tomaban precauciones para que otras personas no descubriesen su utilización.

Buscó en sus bolsillos, hasta dar con el estuche de llaves maestras que nunca le abandonaba. Eligió cuidadosamente, introduciendo una en la cerradura. Falló. Era complicada. Nueva elección, hasta extraer otra más sofisticada, que manipuló con calma. Se produjo un chasquido suave.

Scott contuvo la respiración, pero su corazón palpitaba con fuerza. Lo había logrado. Presionó de nuevo la plancha de metal, suave y lentamente. Esta vez sí.

La puerta cedía.

El joven agente del Gobierno se detuvo. Guardó las llaves especiales y empuñó con mayor firmeza el arma-. Su dedo se curvó en el gatillo. Con lentitud, sin prisas ni precipitaciones, siguió forzando con lentas presiones la hoja de metal. Esta fue cediendo, pulgada a pulgada... Y sin un ruido.

Cuando tuvo suficiente abertura para pasar, lo hizo. Después, con igual lentitud y cautela, la entornó de nuevo, aunque sin cerrarla. Se limitó a dejarla encajada en su marco. Una oscuridad

profunda y total le envolvía, dondequiera que estuviese. Olfateó el aire, en la sombra.

Conocía aquel olor peculiar, que sólo se capta en ciertos lugares concretos. No hay como los aromas para asociar ideas y recordar cosas. Olía a desinfectantes.

—Un hospital o una clínica —pensó—. La del doctor Ellery, sin duda.

El olor era allí suave, distante. Se filtraba desde alguna parte. En buena lógica, debía de hallarse en un subterráneo, posiblemente en un sótano del recinto sanitario. Pero el olor a ácido fénico siempre llega lejos.

Tenía que encender otro fósforo, arriesgarse a ser descubierto. No podía ser de otro modo, porque moverse en tal oscuridad era aún más peligroso, ya que podía derribar cualquier mueble u objeto y despertar la alarma.

La llama chisporroteó entre sus dedos. Su resplandor amarillento le reveló un sótano amplio, repleto de cajas con productos químicos, una mesa larga, con material de laboratorio, muebles de esmalte blanco ya desconchados o rotos, y garrafones de algún producto químico adosado a un muro. Al fondo, frente a él, una escalerilla subía hasta una puerta también metálica, tan cerrada como la que allí condujese.

Cruzó el sótano antes de que se extinguiese el fósforo. Subió los escalones y pegó su oído a la puerta. Captó ruidos distantes. Pisadas, voces, puertas que se abrían y cerraban, e incluso el sonido de una voz femenina por un juego de altavoces.

Estaba sin duda junto a algún corredor o estancia de la clínica propiamente dicha. El olor a desinfectantes era más fuerte allí.

Se quedó rígido cuando oyó un taconeo al otro lado, casi rozando la puerta, y una voz de mujer sonó, no lejos de él:

—...Sí, es el accidentado de esta mañana, el hombre del camión de licores... En el quirófano número tres... No, nada grave..., sobre todo si no hay complicaciones...

El taconeo se alejó. Una voz varonil llamó a alguien. Hubo más pisadas perdiéndose en la distancia. Brian Scott respiró hondo. Tenía que salir a la clínica. Ahora sabía que allí tenía que estar Moira Kelly, internada quizá como una enferma grave. Alguien en el establecimiento sanitario efectuaba un doble juego muy peligroso.

Se decidió con rapidez. De nuevo la ganzúa. Esta vez resultó más sencillo. La cerradura cedió fácilmente. Esperó unos momentos. Luego, empujó la puerta lentamente. Salió a una habitación en penumbras. Luz blanca, aséptica, se veía entrar en esta estancia por las rendijas de otra puerta. Miró en torno.

Todo eran estanterías con ropa blanca y verde. Batas, sábanas,

toallas... Material de la clínica. Una cortina discreta, cubría la puerta al sótano. Tocó la bombilla. Estaba caliente. Sin duda, alguien había entrado allí a por ropa, cuando oyó hablar.

Rápidamente, se despojó de su chaqueta y se puso una bata corta de enfermero y un gorro blanco. Luego, aplicó una mascarilla de igual color a su rostro, y avanzó hasta la puerta de salida al corredor, ocultando su arma bajo la bata.

Abrió, escudriñando cuidadosamente un lado y otro del largo pasillo brillantemente iluminado. Pestañeó, cegado por la clara luz del establecimiento, tras su viaje por las tinieblas.

A un lado, descubrió el mostrador de recepción que él visitara el día antes. Y al otro, los accesos a los quirófanos y al piso alto, destinado a los pacientes internados en el establecimiento. Otra puerta oscilante, frente a él, conducía a la consulta de los doctores Ellery y Wheeler, según indicaba un rótulo.

Había un par de carritos de material de quirófano y ropas junto a la puerta del pequeño almacén. Rápido, Brian tomó uno de ellos y se deslizó con la mayor naturalidad, llevando baja la cabeza, corredor adelante, hacia las escaleras que llevaban a la planta superior.

Pero aquél era también el camino de los quirófanos. Una enfermera surgió inesperadamente de unas puertas, oscilantes y le vio. Le llamó con rapidez:

—¡Eh, enfermero, es en el quirófano número tres! Pronto, lleve allí esas ropas... Le están esperando.

Miró de soslayo a la enfermera, gruesa y muy rubia, y asintió, cambiando de ruta sin vacilar. Le había confundido sin duda con un enfermero a quien aguardaban. No era cosa de despertar las sospechas de nadie. Pero apenas desapareció la enfermera de nuevo, Scott enmendó su marcha, llevando el carrito hacia el arranque de la escalera.

Llegó allí. Miró en torno, sin descubrir a nadie. Dejó el carrito abandonado junto a la barandilla, y subió de dos en dos los tramos de la escalera. Asomó al corredor superior, cuidadosamente.

Había un pequeño mostrador con centralita telefónica y una enfermera. Pero ésta aparecía vuelta de espaldas a él, atendiendo el teléfono en este instante. Scott pasó rápido y sigiloso tras ella, sin producir ruido con sus pisadas. Desolado, se enfrentó a un largo corredor con más de veinte puertas entre ambos lados.

Una de aquellas habitaciones podía ocultar a Moira Kelly. Pero ¿cuál?

Avanzó decidido. El tiempo escaseaba. Cada momento hacía más difícil su presencia allí sin ser descubierto. Algo le decía que Moira

tenía que estar allí. Nada más fácil para un médico que mantener en coma o en inconsciencia provocada a un paciente, para así prolongar un secuestro sin despertar las sospechas de nadie.

Unas cartulinas con un nombre mecanografiado, colgaban de los pomos de las puertas. Eso no significaba nada, pero no podía correr el riesgo de asomar a cada una de las habitaciones. Cualquier paciente podía recelar y avisar a la centralita. Eso lo arruinaría todo.

Descubrió en una habitación el nombre del capitán Samuel Preston. Recordó su conversación con el corone! Grabb y el ingeniero Cave. Allí estaba internado su compañero.

Nombres de mujer, sólo había tres. Las habitaciones ocho, once y quince.

Ninguno, naturalmente, era el de Moira Kelly. No podía ser tan sencillo.

Brian tenía que abrir esas tres puertas con cualquier excusa. Pensó con rapidez. Un carrito abandonado al fondo del pasillo, le dio la idea. Habían dejado encima de él un vaso de leche intacto, con un tubo de pastillas. Tomó ambas cosas y, resueltamente, entreabrió la primera puerta, la de una tal Sarah Benning.

Una mujer de edad, que peinaba sus cabellos lentamente, sentada en la cama, le miró con sorpresa. El se excusó, al ver un vaso de leche sobre la mesilla:

—Oh, perdón, señora Benning, me confundí de habitación...

Cerró rápido, avanzando hacia la puerta número once. Asomó igualmente, y descubrió a una mujer enormemente gorda y de pelo oxigenado, comiendo bombones y leyendo un libro, sentada en el lecho. Al verle aparecer, guardó con celeridad la caja de bombones, bajo la sábana, y lanzó un pequeño grito.

—¿Qué significa...? —jadeó, enrojeciendo vivamente.

Brian comprendió. Sonrió, guiñando un ojo a la mujer.

—Disculpe. Veo que ya le dejaron su vaso de leche y la medicina. No se preocupe por mí, señora. No he visto ningún bombón en sus manos...

La mujer sonrió aliviada, y Brian rió, cerrando la puerta. Luego, respiró con profundidad. Otro mal trago pasado. Y Moira seguía sin aparecer.

Quedaba una sola oportunidad: la puerta número quince. Una tal Stella Mc-Vain ocupaba esa habitación, según la tarjetita colgada del pomo. Otro rótulo en rojo indicaba, junto al anterior: «PROHIBIDAS LAS VISITAS. NO MOLESTAR.»

Brian apretó los labios. Si no era ahora, no sabía dónde buscarla...

Empujó la puerta. Asomó. Penumbras suaves envolvían la habitación. Un biombo arrinconado, un lecho con una figura

yacente y un silencio total acogieron a Brian Scott.

Avanzó con el vaso de leche y el tubo de pastillas, en dirección a la cama. La forma que allí reposaba estaba cubierta por la sábana hasta la nariz. Y la claridad era muy escasa.

Brian dio luz a una lámpara de la mesilla. Un pequeño cono de claridad cayó sobre la enferma. Brian dejó el vaso de leche y las tabletas en la mesilla. Miró, alzando el embozo.

—¡Moira! —jadeó con voz ronca.

Era ella. Pero no despertó. Dormía profundamente, con un sopor espeso, seguramente provocado. Unas vendas cubrían el lado derecho de su cabeza, como si la hubiesen operado recientemente. Sobre la mesilla, descubrió un pequeño receptor de radio. Las otras pacientes no lo tenían, lo recordaba muy bien.

Ahora ya estaba decidido a todo. La había encontrado. Saldría con ella de allí, aunque fuese a tiros. No podían retener prisionera a una mujer, a base de drogas que fingieran un estado de coma. Si el doctor Ellery o la doctora Wheeler eran culpables, iban a tener que responder de muchas cosas. Había llegado la hora de la acción.

Se inclinó, para cargar con ella y echársela al hombro, para así tener una mano libre y salir de allí empuñando su arma.

En ese momento, el techo pareció caer sobre su cabeza y estallar en ella, rompiéndose en mil pedazos. Todo osciló en torno suyo. Borrosamente, creyó advertir la presencia de una sombra que había emergido a sus espaldas, de detrás del biombo.

Después, el suelo vino a su encuentro, chocó con él y todo se borró de sus ojos y de su mente.

CAPITULO VIII

—Bien, señor Scott. De modo que al fin se salió con la suya...

Brian recuperóse lentamente de su sopor, dominó las quejas que iba a emitir al sentir las punzadas en su cabeza, y miró con ojos turbios a las personas que sonreían, erguidas ante él y Moira Kelly.

—Y ustedes se quitaron la máscara, ¿no es cierto, doctora Wheeler? —indagó.

La doctora sonrió, brillantes sus ojos astutos tras las gafas, y a su lado, un hombre alto, delgado y canoso, de aspecto elegante y respetable, con bata blanca, suspiró, hundiendo las manos en sus bolsillos.

—Es usted muy obstinado, señor Scott —manifestó con voz suave—. La doctora Wheeler y yo no tenemos más remedio que afrontar la situación, tal como usted la ha provocado.

—Supongo que usted es el doctor Ellery, director de este establecimiento...

—Supone bien —el médico hizo un gesto de cansancio—. Lamento conocerle en estas circunstancias. Nunca- pensé que llegara tan lejos en sus averiguaciones.

—Como usted ha dicho, soy muy obstinado —gruñó Brian, comprobando que tanto sus manos como sus pies estaban fuertemente ligados, y que Moira Kelly, en el lecho, dormía profundamente aún, si bien ésta no era la habitación donde le hallara antes de ser golpeado y perder el conocimiento.

—Es una lástima, porque usted será quien pague las consecuencias de tal obstinación —terció con voz fría la doctora Agnes Wheeler—. Como puede comprender, ya no puede salir con vida de este recinto..., a menos que lo haga con una corta intervención quirúrgica en la que el doctor Ellery es mucho más especialista que yo, si bien me he convertido en una excelente alumna suya.

—Supongo que se refiere a implantarme ese audífono de plástico injertado bajo la piel, ya sea en mi cráneo, en el cuello o tras una de mis orejas, ¿no, doctora?

Los dos médicos se miraron entre sí, sobresaltados. El doctor Ellery tenía ojos sombríos y preocupados al mirar a Scott.

—¿Cómo supo eso? —preguntó desabridamente.

Brian rió entre dientes. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—Yo sé muchas cosas, doctor. Y también mi Departamento. El Gobierno está tras de ustedes dos y su plan de controlar a ciertas personas mediante ultrasonidos.

—¡Está mintiendo! —rugió el médico—. ¡El Gobierno no sabe

nada!

—Yo represento al Gobierno. Si yo lo sé, ¿por qué no habría de comunicar el resultado de mis pesquisas a mis superiores, doctor Ellery?

—No puede tener más que simples sospechas. Nadie conoce la verdad —añadió duramente la doctora Wheeler.

—Doctora, no me engañó usted con su historia relativa a la ficha de Paul Larkin. Sé que estuvo aquí, como estuvieron otras personas anteriormente, tales como el coronel Grabb y el ingeniero Cave, o ahora el capitán Preston, todos ellos de la comisión gubernamental de investigaciones de yacimientos de uranio en Montana. Lo que ocurre es que ustedes no archivan ciertas fichas que pudieran servir de pista a alguien lo bastante curioso para indagar en sus peculiares intervenciones quirúrgicas sin importancia. Sepa que el forense de Park City ya me habló del plástico hallado bajo la piel de Paul Larkin, así como el de aquí me habló de otro plástico en el cráneo del tipo que quiso robarme la destrozada radio de Larkin. Plástico que se derrite y deforma al sufrir la suprema descarga de ultrasonidos capaz de enloquecerles y provocar el derrame cerebral con la frecuencia desgarradora de sus ondas, doctora Wheeler.

—Todo eso no son más que simples teorías. Su Gobierno no puede aceptar hechos tan inverosímiles, estoy seguro —jadeó el doctor Ellery.

—Se equivoca. No son teorías. Ustedes pueden controlar mediante la amenaza de los ultrasonidos, emitidos por ciertas interferencias en la emisora local, la mente de algunas personas, machacándoles día tras día con mensajes que sólo ellos captan de modo subconsciente al dormirse y al despertarse, en las emisiones elegidas para interferir por su propia emisora, clandestina. Una peculiar melodía envuelve esas palabras o mensajes ultrasónicos que se graban en la mente de la víctima, y moldean su criterio a gusto de ustedes. Pero con Larkin les falló. Porque él no se dejó embaucar, a causa de una antigua herida de guerra que, al haber precisado una pieza de plata en su cráneo, provocaba una alteración en la recepción mental, inconsciente, de los mensajes emitidos por ultrasonidos. Lo único que él no podía evitar era que su melodía, elevada a niveles irresistibles para la mente humana mediante el ultrasonido, le enloqueciera y terminara matando. Y eso es lo que hicieron con él. Pero para entonces, Larkin ya había dejado dos indicios claros de sus averiguaciones casuales en Sheridan: un plano de las emisiones de radio locales y sus posibles interferencias, por un lado. Y por el otro, un simple mensaje: Melodía y ultrasonido. Todo ello pone bien en claro la verdad de cuanto aquí sucede. Todo el plan montado por ustedes, al servicio de una potencia

extranjera interesada en que nunca se descubra el verdadero tesoro de uranio enriquecido que hay en Montana, y posteriormente, de modo clandestino, sea extraído de esos terrenos por agentes extranjeros.

—Lo sabe todo, doctora Wheeler —dijo el doctor Ellery roncamente—. Si ha logrado informar a Washington...

—Hay un medio de averiguarlo —replicó ella fríamente—. El ultrasonido.

—Sí, de todos modos hay que intentarlo —miró con odio a su prisionero—. Señor Scott, usted también va a sufrir esa intervención quirúrgica, y espero sepa disuadir a sus superiores de toda esa fantástica teoría. Recibirá adecuados mensajes ultrasónicos que grabará su subconsciente. Y estará bajo la amenaza de una muerte horrible, mediante potentes ondas de muerte emitidas por radio sin que nadie, excepto usted, las capte. Naturalmente, también la señorita Kelly está ahora en peligro, porque ya lleva en su cabeza el receptor de ultrasonidos...

—Lo imaginaba —apretó Brian las mandíbulas con fiereza—. Esto no va a servirles de nada, doctor Ellery. Están a punto de caer definitivamente.

—Eso ya lo veremos —manifestó ella glacialmente. Miró al doctor Ellery y luego fue hacia un teléfono situado en una repisa—. Llamaré al jefe, y es posible que él sepa si el prisionero ha comunicado o no a Washington sus descubrimientos en Sheridan, doctor...

Descolgó el teléfono. Marcó unos números con rapidez. Brian Scott no la perdía de vista. Su aguda percepción observó cada número movido por el dedo veloz de la doctora Wheeler. En su mente brilló una luz definitiva.

—Soy yo, la doctora Wheeler —dijo con brevedad, cuando alguien descolgó al otro lado de la línea—. Perdone si le llamo con urgencia, contraviniendo lo establecido. Tenía que hacerlo. Tenemos en nuestro poder a Brian Scott. Sí, lo sabe todo. Bueno, *casi* todo. No, no, nada sobre usted, jefe. Puede estar tranquilo. Asegura que ya informó de todo a Washington... ¿Cómo? Sí, entiendo... Usted habló con él..., y no cree que eso sea cierto. Sólo teorías por confirmar, según observó... Bien, bien. ¿Y eso fue hoy mismo? Entiendo, sí. De todos modos, jugaremos fuerte, jefe. El doctor Ellery va a injertarle un audífono. Tendrá que acatar órdenes... o morir. No tiene otra alternativa, igual que la chica. Sí, entiendo. No, no llamaré hasta que usted lo haga...

Brian Scott elevó inesperadamente la voz, en una salutación que sobresaltó a los dos médicos:

—¡Espere, doctora Wheeler! —gritó con voz potente—. ¡Dé mis afectuosos saludos al señor Jeff Larkin, el primo de Paul Larkin,

antes de colgar el teléfono!

Al otro extremo del hilo, la doctora Wheeler captó un repentino silencio mortal.

* * *

—De modo que lo sabe... —jadeó el doctor Ellery, mortalmente lívido.

—Claro —rió Brian, mintiendo glacialmente—. Lo supe siempre. Por eso, al conversar hoy en el funeral, en Park City, sólo le hablé de cosas superficiales, sin revelar nada más. Sabía que él estaba metido en todo esto, desde un principio.

—¿Lo ha oído, jefe? —sonó tensa la voz de la doctora Wheeler al teléfono.

—Maldita sea, claro que lo oí —jadeó al otro extremo del hilo la voz de Jeff Larkin—. Ese condenado federal... Yo no podía imaginar... Me creí fuera de toda sospecha, siendo primo de Paul...

—¿Qué hacemos, entonces? —indagó ella.

—No corran riesgos inútiles, doctora —decidió duramente Larkin—. ¡Mátelos a ambos! A la chica y a él. Ahora mismo, con una simple inyección. Y desaparezcan de ahí lo antes posible. Yo mismo abandonaré Helena ahora... Nuestros aliados extranjeros nos ayudarán a salir del país. Hubiera podido resultar nuestro plan, de no ser por ese Scott del diablo... El ultrasonido incluso hubiese podido ser aplicado para inculcar ideas negativas a altos políticos y funcionarios del Gobierno... En fin, dejemos eso ahora. Terminen con ellos. No quiero testigos peligrosos. Y no pierdan tiempo en salir de ahí lo antes posible.

—Entendido, señor —afirmó la doctora—. Confíe en nosotros.

Colgó. Se volvió al doctor y manifestó fríamente:

—Las órdenes son de ejecución inmediata de los prisioneros —dijo—. Y de evacuación en el acto. Tenemos que marcharnos de aquí sin pérdida de tiempo, doctor.

—Está bien. Termina en seguida...

Fue a un mueble y extrajo dos ampollas de una caja. Comenzó a llenar una jeringuilla hipodérmica, mirando colérico a Brian Scott.

—Tendrán una muerte rápida. Mejor que la que merece usted, maldito entrometido. Pero órdenes son órdenes. No llegará a conocer lo que es la muerte por ultrasonido, cuando nuestra melodía de muerte crece y crece sin cesar, en el receptor especialmente acoplado a su cerebro...

Avanzó con la jeringuilla llena. Moira Kelly ni siquiera se enteraría de nada. Dormía profundamente, bajo la acción de los sedantes. Brian Scott contempló con ojos helados la aproximación del doctor Ellery y su instrumento de muerte, goteando en su mano firme y segura...

* * *

Allá en Helena, capital de Montana, Jeff Larkin, primo de Paul, y jefe del grupo de actividades contra los Estados Unidos, abrió la puerta para salir de su casa con un simple maletín, cuando se encontró con varios hombres armados que rodeaban su casa. Un joven alto y atlético le encañonó con su revólver, advirtiéndole:

—Señor Larkin, será mejor que no intente huir ni resistirse. Está arrestado en nombre de la ley federal, acusado de actividades contra su patria, espionaje en favor de una potencia extranjera y diversos asesinatos...

—¿Se ha vuelto loco? —rugió Larkin—. ¿Quién es usted?

—Jerome Douglas, del Gobierno de los Estados Unidos —se presentó el otro, sonriendo duramente—. Su teléfono está intervenido por orden federal, y su conversación con Sheridan es la prueba que necesitábamos contra usted.

—¿Con qué derecho hicieron eso? ¡Me estaban espionando!

—Claro, señor Larkin. Siempre nos extrañó mucho que su primo no se sincerase con usted, y tuviera que hacerlo con una simple *go-go girl* a quien apenas conocía... Llevaba tiempo investigando el asunto del uranio, pero era porque descubrió una actividad suya, señor Larkin..., y quería comprobarla a su modo. No podía imaginar que cuando le provocaron un accidente en Sheridan y le aplicaron un audífono especial, firmaba así su sentencia de muerte bajo las ondas de ultrasonido.

—Ustedes saben...

—Todo, señor Larkin. Hallamos una pitillera de su primo, con unas inscripciones. Pero eso no era todo. Había también un número grabado. Resultó ser de una caja de seguridad a nombre supuesto, en Great Falls también. Y allí estaba escrito todo por él... La confesión completa que le acusa a usted y revela el misterio del ultrasonido de su emisora pirata... Como ve, Paul Larkin pudo burlar toda su criminal conspiración... y Brian Scott la ha confirmado ahora en Sheridan.

Esposó a Larkin, conduciéndole a un coche. El primo de Paul, manifestó sordamente por el camino:

—De todos modos, Brian Scott no disfrutará de este triunfo. A

estas horas, ya estará muerto, en Sheridan...

Jerome Douglas rió de buena gana. Y negó con la cabeza.

—Se equivoca de nuevo. A estas horas, Brian Scott y Moira Kelly están siendo atendidos por el *sheriff* del condado de Madison, Elmer Mallory. Y los doctores Wheeler y Ellery están arrestados bajo graves acusaciones, según acaban de informarme por radioteléfono antes de venir a arrestarle a usted.

—Pero ¿cómo? —aulló Jeff Larkin—. ¿Cómo pudieron... llegar a tiempo?

—Es muy sencillo, señor Larkin. Usted, que tanto ha utilizado las ondas de radio para sus crímenes, debería de haberlo imaginado fácilmente. Brian Scott no se aventuró indefenso esta noche, en la búsqueda de Moira Kelly. Llevaba consigo un pequeño microemisor, que transmitía a una estación de escucha del *sheriff* Mallory, todo cuanto se dijese cerca de él. Ese diminuto emisor, aplicado al sujetacorbatas de Brian Scott, iba recogiendo toda clase de sonidos cercanos y señalando el punto exacto donde él se hallaba. De ese modo, el *sheriff* y sus hombres rodearon prestamente la clínica del doctor Ellery, y entraron con tiempo suficiente para evitar dos nuevos asesinatos...

* * *

—Brian, le debo la vida...

—La vida, y el haberse librado de una molesta emisora de radio en su bonita cabecita, Moira —rió Brian con buen humor, señalando al punto donde ya un cirujano la había despojado del diminuto y terrible audífono injertado—. Le aseguro que la melodía de la emisora de ultrasonidos podía convertirse en un arma terrorífica, en cuanto el volumen y frecuencia de esas ondas eran aumentados a voluntad, hasta provocar el ataque cerebral de la persona elegida como receptora.

—Ese era el misterio de la locura suicida... —musitó ella.

—Sí, ése era el misterio. Y todo, para ocultar al país y al Gobierno la existencia de un enorme yacimiento de uranio puro. Incluso dos investigadores especializados habían sido manipulados de forma que su mente se negara a ver la realidad, falseándola con informes que ellos creían verdaderos. Ese era el tremendo poder de la emisora ultrasónica del doctor Ellery.

—¿La radio local no tenía culpa alguna?

—No, en absoluto. Era una interferencia que se producía en las ondas oportunamente. Algo difícil de imaginar. Y Jeff Larkin era

el cerebro del plan, como bien sospechaba ya su primo Paul antes de morir...

—¿Y usted cómo pudo sospechar también de él?

—La verdad es que no sospeché de él concretamente, aunque nunca me fíe de nadie —sonrió Brian Scott—. Pero al marcar un número la doctora Wheeler, vi que correspondía a la ciudad de Helena, y coincidía con el que yo tenía anotado, correspondiente a Jeff Larkin. Lo demás, fue simple fanfarronería mía, para que el *sheriff* me oyese por el sistema de transmisión previamente establecido antes de dirigirme yo a la carretera sin salida.

—Brian, me alegra saber que, cuando menos, Paul ha sido vengado. Los canallas que provocaron su muerte, merecían ese final. Y llegó, gracias a usted.

—No, gracias a todos nosotros —rectificó él—. Trabajamos en equipo, Moira. Sin la ayuda de Jerome Douglas, no hubiese ido todo tan bien.

—Para mí, usted ha sido el verdadero héroe, el caballero andante que me rescató... —musitó Moira, mirándole dulcemente.

—Si de verdad piensas así, ¿por qué no nos tratamos como verdaderos amigos, sin tanta ceremonia?

—Si tú lo quieres, Brian... —dudó ella.

—Claro. Y para sellar esta nueva y firme amistad entre ambos, creo que lo mejor será marcharnos cuanto antes de este lugar... y celebrar en cualquier sitio nuestro encuentro en la vida, con una botella de buen champaña y un poco de música...

—¿Música? Creo que siempre que oiga alguna, recordaré esa melodía de muerte...

—No recuerdes nada desagradable, Moira. Yo me encargo de eso —la tomó por la mano, jovialmente—. ¿Sabes una cosa? Paul Larkin no tenía mal gusto. Eres bonita, atractiva, encantadora...

—Brian, estás halagándome demasiado.

—Ni pensarlo. Empiezo a descubrirte como mujer, ahora que ha pasado todo, Moira. Sufrí mucho por ti todo ese tiempo que no daba contigo. Hablaremos de ello ante esa botella de champaña... ¿Qué te parece?

—Estupendo, Brian. Creo que es una magnífica idea para intentar olvidar...

—Y para hablar de otras cosas. Del futuro, por ejemplo... —rió él, mirándola a los ojos.

Y Moira se estremeció ante la expresión de aquella mirada, masculina.

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE



ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**